

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 36 por trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA.

Al escribir ayer nuestra acostumbrada revista no nos era conocido el telegrama que en el mismo número de EL PENSAMIENTO verían nuestros lectores. La importancia y trascendencia que atribuimos a los acontecimientos que acaban de tener lugar en los Principados unidos de Moldavia y Valaquia, quedan plenamente justificadas por el susodicho telegrama que con referencia nada menos que al Monitor, el periódico oficial del vecino Imperio, dice «que todas las grandes potencias están unánimes en considerar los acontecimientos de Bucharest bastante graves para motivar sobre los Principados una deliberación europea.»

Como se ve, la cuestión de Oriente se presenta en la escena, tan candente hoy, de la política europea. Mientras que los Gobiernos de Europa se han estado entreteniendo en debilitarse unos a otros con mezquinas rivalidades, hijas de ambiciones bastardas y desenfrenadas, mientras esas rivalidades han creado la necesidad de sostener esos numerosos ejércitos permanentes que han agotado los recursos de casi todos los Estados europeos, mientras éstos han estado embelesados en la impropia tarea de despojar unos al Soberano Pontífice de sus sagrados dominios, en favorecer otros al usurpador sacrilego para que conservase el nefando fruto de sus abominables rapiñas, y en humillar y afligir los más sus amarguras sin cuento al inerte y augusto anciano que hoy se sienta en la Silla de San Pedro, Rusia con astucia igual a su ferocidad ha ido aumentando su ya colosal poder por toda clase de medios. El Czar moscovita ha ido venciendo una tras otra las tribus guerreras y semi-salvajes de algunas regiones del Norte de sus vastos dominios, asimilándose y dando con ellas nuevo vigor al poder militar de su Imperio. La misera Polonia, que sufría sólo por fuerza el férreo yugo del tirano autócrata, y que era una constante amenaza suspendida sobre su cabeza, se puede decir que no existe. Desterrados los más ilustres hijos de ese católico reino, de gloriosa memoria, a las mortíferas comarcas de la Siberia, colhidos en el uso de sus prácticas religiosas, confiscadas las propiedades de las corporaciones eclesiásticas y gran número de los particulares, colhido el uso de su propio idioma, humillados, vejados, maltratados, perseguidos, acosados sin tregua ni descanso por sus implacables enemigos, los infortunados polacos ven llenos de dolor y abatimiento su nacionalidad perdida para siempre. El Emperador moscovita ha conseguido el odioso plan que se propuso de acabar hasta con el nombre de ese católico pueblo rusificando por todos los medios que puede sugerir la astucia y la violencia.

Conseguido el poder del Imperio ruso, no reconoce límites; con un territorio tan grande como el resto de Europa, con un ejército fuerte y vigoroso por los elementos de que se compone y por su organización, con una absoluta concentración de poder ante el cual nada resiste y todo se doblega ciegamente, ¿qué resistencia eficaz podrían oponerle las demas naciones europeas, enervadas, corrompidas, empobrecidas hoy, y separadas entre sí por mutuos odios y mezquinas rivalidades, si Rusia hubiera resuelto arrojarlas sobre ellas?

El peligro para Europa sería de incalculable trascendencia si Rusia contase con el poderoso auxilio de los Estados-Unidos. Esta alianza que a primera vista podrá parecer extraña a algunos, no carece, sin embargo, de fundamento, de probabilidad. Desde luego, la diversidad de instituciones y organización, no sólo no sería obstáculo alguno de unión, sino que cabalmente las de ambos Estados tienen una misma esencia. El cesarismo despótico y la tiranía demócrata, aunque diversas en la forma, son una misma cosa en el fondo. La tiranía de uno ó de muchos siempre es tiranía. La posición geográfica de los dos países se presta para estrechar sus lazos de amistad. Esos dos colosales asemejanse a dos gigantes que teniendo su asiento en dos puntos apartadísimos, pueden estrecharse las manos, merced a la longitud de sus brazos. Rusia y los Estados-Unidos, en efecto, cuyas capitales están separadas por una distancia incommensurable para no causarse embarras, tocanse casi, cerca del Polo norte.

Pero dejando aparte estas consideraciones de las cuales no puede inferirse ninguna consecuencia práctica, vengamos a los hechos, y entre otros que pudéramos aducir, fijémonos en el siguiente:

Con motivo de la llegada a San Petersburgo del general Clay, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos, los comerciantes moscovitas colmaron de obsequios, hace poco más de un mes, a la legación americana. El entusiasmo fué considerable; los

brindis y los discursos pronunciados en los banquetes fueron notablemente significativos. «Es difícil, dijo la Gaceta de Moscú y exponer la emoción producida por los discursos que se han pronunciado, los cuales dan tan grande significación a esta fiesta, y encontrarán seguramente eco en el corazón de todos los patriotas rusos y americanos.»

No daríamos gran importancia a estas demostraciones *inter pocula*, si no la diésemos los comentarios de la Gaceta de Moscú. Este diario se propone en ese artículo referir con la mayor complacencia los menores detalles de la obsequiosa acogida dada a los diplomáticos americanos, pondera la cordialidad que reina entre los Estados-Unidos y Rusia, advierte que la situación geográfica de los dos países impide hasta la posibilidad de los conflictos que suelen nacer de una vecindad molesta, añade que el pasado es una garantía del porvenir, y concluye diciendo que si hay alguna alianza indicada por la naturaleza es la de Rusia con los Estados-Unidos. La Gaceta de Moscú, después de haberse extendido en estas generalidades, concreta más la cuestión y refuerza su argumentación en estos términos:

«Durante la guerra civil que ha afligido a los Estados-Unidos se dió a expresar de esta parte del Océano la persuasión de la caída definitiva de esta joven potencia, se formaban cálculos atrevidos, se proyectaba y se ponía también en ejecución alguna reforma en sus fronteras. Pero qué desengaño no ha producido el triunfo de los Estados-Unidos! Qué turbación en los cálculos políticos ya combinados en la perspectiva de los desastres de América!

«Solamente Rusia no ha vacilado un momento en su amistad hacia los Estados-Unidos, ni en la persuasión de que su causa había de triunfar, y de ella sola salió «una palabra de sincera simpatía y de animación, como dijo el americano Curtin. Sabemos en cuánto aprecio es tenida la amistad de Rusia, y la favorable acogida que se dispuso a nuestra marina al arribar a los Estados-Unidos en una época en que Rusia también estaba siendo el objeto de cálculos hostiles, y en que sus enemigos esperaban conseguir, en fin, por medio de amenazas en el exterior, y en el interior con la traición.

«La clara alusión que en estas últimas palabras se hace a Francia, fué recogida por la prensa de París. El Diario de los Debates dió a este propósito lo siguiente:

«Este pasaje en que evidentemente se alude a Francia, es digno de fijar la consideración de los hombres de Estado. El dice «con harta claridad lo que podría llegar a ser una alianza ruso-americana, e indica la atención con que Rusia espía nuestra política para aprovecharse de los errores que podamos cometer.»

Recuérdense ahora las graves palabras que el primer hombre de Estado moscovita pronunció no há mucho tiempo, diciendo que no había más cuestión que la napoleónica, y los serios disgustos que el Gobierno de Washington está causando a Napoleón en los asuntos de Méjico, y se verá como todo contribuye a hacer sospechar un plan preconcebido contra el Emperador francés. La hora de las grandes liquidaciones parece, en efecto, haber llegado. No sólo la cuestión de Oriente asoma su cabeza en los acontecimientos de Bucharest, sino que de todas partes llegan noticias de conflictos más ó menos graves. En Atenas, según dice el telegrafo, es inminente un revolución, y las potencias europeas han enviado instrucciones para proteger al Rey. En Veracruz reina gran actividad: las tropas salen para ocupar las fronteras y llega de Francia grande acopio de municiones. En los Estados-Unidos el ministro austriaco protesta contra la calificación de aventurero que ha sido lanzada sobre Maximiliano, y Seward, ministro de Estado, rehusa aceptar la protesta. En Berlín parece que hay crisis ministerial; en todas partes, en fin, turbaciones y conflictos. ¿Qué sucede? ¿Sonó al fin la temida hora que se está anunciando fatidicamente tanto tiempo há?

### TELEGRAMAS.

París, 28.—Hoy al cerrarse la Bolsa, quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza a 222; el 3 por 100 portugués a 45 3/4; el cambio sobre Lisboa a 538; el 5 por 100 italiano a 61 3/5; el crédito territorial francés a 0.000; el crédito mobiliario francés a 681; el español a 405; el ferro-carril de Sevilla a Jerez a 45, y el del Norte de España a 168.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español a 36 1/4; y en Amberes a 35 1/2.

Pesth, 28.—En los mensajes presentados al Emperador se anuncia que la respuesta de los magnates hará conocer incensablemente a los pueblos la resolución contenida en el rescripto.

La contestación de los diputados expresa la esperanza de una inteligencia final entre la Hungría y el Imperio austriaco, y declara la convicción de mantener firmemente los principios fundamentales emitidos en el discurso del Trono, en interés de las poblaciones monárquicas.

Berlin, 28.—El Rey ha presidido un Consejo de ministros, al que asistieron el Príncipe real, Goltz, Mantuffel y otras notabilidades.

Ha sido acogido favorablemente en la Bolsa el rumor fundado, de cambio ministerial.

Nueva-York, 17 de Febrero.—El ministro austriaco ha protestado contra el discurso de Bancroft, en que llamaba aventurero al Emperador Maximiliano. Seward ha rehusado aceptar la protesta.

Han llegado a Nueva-York las fragatas españolas Carmen e Isabel la Católica.

Veracruz, 1.º de Febrero.—Reina grande actividad militar. Las tropas salen para ocupar las fronteras, y de Francia llega grande acopio de municiones.

París, 28 (recibido el 1.º de Marzo).—En el Cuerpo legislativo han hablado Mr. Dumoulin y otros dos oradores contra el mensaje. Mr. Pamard ha hablado en pró, y después de algunas palabras de Mr. Rouher se ha cerrado la discusión general.

Nueva-York, 27.—Los despachos de Nueva-Orleans anuncian que los juristas fueron derrotados cerca de Tampico, habiendo perdido 850 hombres. Han perecido en este combate el general Méndez con todos los oficiales de estado mayor.

El oro está a 137 y el algodón a 15.

Londres, 28.—Se desmiente el rumor que ha circulado de la dimisión de lord Russell.

Berlin, 1.º.—Todos los periódicos anuncian que en el Consejo de ministros de ayer se ha tomado la determinación de dar una solución definitiva a la cuestión de los Ducados.

El excelente y gracioso artículo que insertamos a continuación es de la *Unión Católica*, de cuyo periódico le hemos traducido, seguros de que nuestros lectores han de recrearse en su lectura:

### EL TOHU BOHU DEL REINO DE ITALIA.

Los franceses llaman *Tohu Bohu* a la confusión, el desorden, el caos, y estas palabras están tomadas de la Sagrada Escritura, que en el cap. I del Génesis pinta el caos diciendo que la tierra estaba *tohu bohú*, voces hebraicas que la Vulgata traduce: la tierra estaba *inanis et vacua*, informe y vacía, y la versión de Aquila: la tierra era *vanitas et nihil*; y la de Simmaco: la tierra estaba *otiosa et indigesta*; y la de Onkelos: la tierra era *desolada et vacua*. Dicesenos que los despachos expedidos desde Florencia a París, por el ministro francés, el barón de Mallet, después de cada una de las sesiones de la Cámara, son siempre *tohu bohú*. Esta vez las relaciones de la diplomacia francesa son exactísimas, y para probarlo, haremos una simple enumeración de las órdenes del día, presentadas hasta ahora a la Cámara.

Tenemos a la vista diez y ocho de estas propuestas, y ciertamente no las conocemos todas. El diputado Ricciardi comienza la lista y propone la reducción de un día en la concesión del ejercicio de dos meses que se había pedido. De Cesare quiere, por el contrario, que se conceda al ministerio un mes más de lo que pide, y que el ejercicio provisional se extienda hasta el mes de Mayo de 1866. *Tohu bohú!* ó sea la Italia, era *vanitas et nihil*, traducción de Aquila.

El diputado Bizio pide «un plan orgánico del ejército, el cual, partiendo de la reorganización del 10 de Diciembre de 1864, permita todas las economías conciliables con la fuerza del ejército y la dignidad de la nación.» El diputado Juan B. Castellani propone, por el contrario, que la Cámara declare que el programa del ministro de Hacienda, es opuesto a los intereses económicos y financieros del país. *Tohu bohú!* ó sea la Italia, era *otiosa et indigesta*, traducción de Simmaco.

El diputado Olivieri quiere que el ejercicio provisorio se conceda al ministerio por un sólo mes, esto es, por todo el mes de Marzo. Y el diputado B. B. Bellino propone en su lugar este artículo de ley: «en el mes de Marzo próximo venidero, el Gobierno presentará las leyes de los impuestos ó propondrá economías suficientes para que las rentas precedentes de los impuestos cubran los gastos ordinarios del año corriente.» *Tohu bohú!* ó sea la Italia, era *inane et nihilum*, traducción de Teodosio.

El diputado Comin, adversario en principio a toda concesión de balance provisorio, concesión que se resuelve de hecho en sustraer a la Cámara una de sus prerrogativas más importantes, esto es, el examen de los ingresos y gastos del Estado, propone como simple medida administrativa la autorización de un mes, para que la cuestión de confianza tenga campo para ser largamente discutida y resuelta, sin perturbar el movimiento regular de la máquina gubernativa. Por el con-

trario, el diputado Costa desea que la Cámara declare «que una de las principales causas de nuestro descrédito financiero, es la falta de una organización militar conforme a las necesidades de la nación.» *Tohu bohú!* ó sea la Italia, era *desolada et vacua*, traducción de Onkelos.

El diputado Sirtori, antes Presbítero, hoy general, pide que la Cámara suspenda toda deliberación sobre las materias que envuelvan cuestión ministerial hasta el día en que llegue a deliberarse sobre el proyecto de ley propuesto por el ministro de Hacienda sobre el modo de reducir a sistema y modificar algunos impuestos existentes, y sobre introducción de otros nuevos. Por su parte el diputado Musolino quiere que sea proclamada como principio la supresión del sistema tributario fundado en la diversidad de los impuestos para reemplazarlo por la contribución única proporcional sobre la renta, cualquiera que sea su procedencia. *Tohu bohú!* ó sea Italia era *rudis indigestaque moles*, que decía Ovidio.

El diputado Mordini quiere que la Cámara declare que no tiene confianza en el ministerio; y los diputados Cairoli y Nicotera «considerando que la mala disposición rentística y administrativa del Estado, es efecto de la mala política practicada por los ministerios que se han sucedido; considerando que no se pueden reparar los daños consiguientes a la penuria económica sin una mudanza radical en el rumbo de la política, conforme con los derechos de la nación sancionados por el plebiscito; considerando que la solución de la cuestión de Hacienda es inseparable de la del Véneto; quieren que la Cámara niegue su voto al ejercicio provisional del presupuesto. *Tohu bohú!* ó sea Italia es la *alta valle feda*, que habla Dante en el duodécimo canto del *Inferno*.

Los diputados Felipe de Boni y Pissavini: «Considerando que la unidad es el pacto fundamental del reino italiano; considerando que las provincias redimidas (!) por la solidaridad de la sangre y por la seguridad común, tienen el deber de redimir (!!!) a las que todavía no han sido redimidas; considerando que el extranjero acampado en Italia es la causa de la universal incertidumbre, no siendo por tanto posible ni el desarme, ni el concierto administrativo, ni las grandes economías y la disminución de los impuestos, proponen esta declaración: «La Cámara, confiando en el patriotismo del ejército y del pueblo italiano, declara sagrada y urgente la obra de liberar a Venecia.» A su vez el diputado Torrigiani propone la siguiente orden del día: «La Cámara, haciendo distinción entre la hacienda y los demas ramos de la pública administración, confía en el presente ministerio por lo que toca al mejor servicio de estos últimos, reservándose juzgar el sistema del ministro de Hacienda cuando se discuta la ley que presentó el 27 de Enero último, y pasa a la votación de la ley para ejecutar provisionalmente el presupuesto.» *Tohu bohú!* ó sea Italia es la *masa informe* de que habla en sus rimas Torcuato Tasso.

Finalmente, pasando en silencio otros asuntos de la orden del día, el diputado La Porta quiso que la Cámara declarase que «no reconociendo en el actual Gabinete ni un programa político, ni un programa administrativo, ni un sistema rentístico en los que pudiera confiarse, procedía a la discusión por artículos.» El ex-reverendo Zaccherino presentó esta otra proposición: «Considerando que el plan rentístico del honorable ministro puede considerarse acertadamente con respecto a la Hacienda como una simple exposición de principios; considerando que la parte política del examen que comprende todo el sistema ministerial, no puede separarse de la parte rentística; la Cámara, con el fin de obtener un cambio de sistema, desecha la ley y pasa a la orden del día.» *Tohu bohú!* ó sea la Cámara pintada por L'Anguillara, cuando describía el caos en la siguiente octava:

«Pria che 'l ciel fosse, el mar, la terra e 'l foco,  
Era il foco, la terra, il ciel e 'l mare;  
Ma il mar rendeva il ciel, la terra e 'l foco  
Deforme il foco, il ciel, la terra e 'l mare;  
Ch'ivi era e terra e cielo e mare e foco  
Dov'era e cielo e terra e foco e mare;  
La terra, il foco, il mar era nel cielo,  
Nel mar, nel foco e nella terra il cielo.»

«Dónde el poeta dice *cielo, mar, tierra y fuego*, léase Roma, Venecia, Hacienda, Bonaparte, Lamarmora, consorcio, balance, vientre, ministerio, Cámara; mézclense y resuélvase estos diez elementos, y resultará la descripción exacta del presente reino de Italia.»

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 2 DE MARZO DE 1866.

### ESTUDIO sobre la historia económica-política de España.

VII. Verdaderas causas de la decadencia de España en el siglo XVII.

«Hemos expuesto en los precedentes artículos las causas por las cuales, siendo imposible que la producción española compitiera con la extranjera, había de arruinarse necesariamente en la concurrencia.

«El precio de las mercaderías, decía el Padre Dávila, se compone de dos partes; una de la

costa que tiene su fábrica, y otra de las gabelas que sobre su género se imponen. Ambos elementos concurrirían en España a encarecer sobremanera los precios de los productos nacionales, en particular los tributos que, según Alvarez Osorio, doblaban el valor a las ropas, «porque una vara de brocado se puede fabricar en «sus reinos (de los extranjeros) por seis reales «de plata, y en España tiene de costa más de «doce, y en la misma conformidad los demas «tejidos. (Extension política).»

Y a esto se unía la depreciación del numerario en España, por cuanto, llevándose los extranjeros el precio de sus géneros a países donde valían más los metales preciosos, era por esto sólo absolutamente imposible que pudieran los españoles vender los suyos tan baratos.

El estancamiento de metales preciosos tuvo lugar durante el siglo XVI, en cuyo período calculan nuestros políticos que vinieron de América sobre dos mil millones de pesos.

A fines del mismo siglo, el año de 1590 comenzó también la desastrosa contribución de millones, cuyo importe fué progresivamente aumentando desde 8 millones de ducados, en seis años, hasta 24.

Las consecuencias que para la producción nacional envolvían estas condiciones económicas no tardaron en sentirse funestamente.

Las célebres ferias de Medina del Campo, termómetro de nuestra antigua opulencia, concluyen con el siglo XVI; y en los primeros años del siglo XVII se desborda, digámoslo así, la inundación de productos extranjeros que arruinó a la producción nacional.

Los apuros del Tesoro que obligaron al establecimiento de nuevos impuestos fueron ya grandes con el reinado de Felipe II, quien aflijido por la situación de la Hacienda, ordenó se celebrasen en casa del marqués de Poza juntas de personas competentes para tratar de su desempeño y arreglo; mas la ruina de la industria no se declaró realmente hasta el reinado de sucesor.

Al terminar el reinado de Felipe III, hacia el año de 1619, un fabricante de Toledo llamado Damian de Olivares, elevó al Rey un Memorial y otro la Universidad de aquella ciudad, tan rica por su industria en el siglo XVI, exponiendo la deplorable ruina de las fábricas nacionales producida por la importación de mercaderías extranjeras.

En el citado año de 1619 tuvo lugar la consulta del Consejo de Castilla sobre la decadencia de la Monarquía, y fué también la publicación de la *Restauración política de España*, escrita por el doctor Sancho de Moncada, catedrático de la Universidad de Toledo, que tantas veces hemos citado en el curso de nuestros artículos. Anteriormente algunos escritores habían representado ya los perjuicios de la importación de géneros extranjeros, pero la obra de Moncada fué el trabajo más notable encauzado a demostrar la importancia de la producción nacional y la necesidad de protegerla, contra la producción extranjera.

En el reinado de Felipe IV continuaron representando sobre el particular tanto los fabricantes, en memoriales como el de Francisco Cisneros y Gerónimo de Porras (del arte de la seda), como los políticos, entre los cuales es el más conocido Francisco Martínez de la Mata.

Los escritores que abogaron por la prohibición de mercaderías extranjeras citan varias peticiones de Cortes encaminadas a este fin. Sin embargo, tenemos por indudable que no se planteó en los reinados de Carlos V y Felipe II el sistema de proteger la producción nacional prohibiendo ni entorpeciendo la introducción de productos extranjeros. Los escritores extranjeros que nos han atribuido una legislación semejante, con el fin de estancar los metales preciosos, ignoran nuestra historia económica.

Realmente, en la política comercial de España del siglo XVI y primeros años del siguiente, no predomina ningún sistema particular. Hay peticiones de Cortes favorables a la libertad de comercio, pues solicitan que «las mercaderías que «son necesarias para España deben entrar, y salir las que son menester, porque así conviene «a la contratación de estos reinos y al aumento «de las rentas Reales.» Más el espíritu que sin duda prevalece en la legislación comercial de aquella época, es el mismo de la *política de abastos* de la Edad media, cuyo objeto es procurar la abundancia facilitando la importación y entorpeciendo la exportación de productos. Por esta razón apenas estaba prohibida la introducción de algunos objetos, mientras que según el doctor Moncada (Disc. I. cap. 8.) había casi 60 leyes que prohibían la exportación de otros, leyes cuya observancia él mismo pedía «por la copia de materiales, porque sacándolos en años abundantes los hacen todos estériles.» Lejos de prevalecer en el ánimo de las Cortes



el sistema proteccionista de la industria nacional, como algunas pretendían, nada más opuesto que algunas de sus peticiones. Sirva de ejemplo la de las Cortes de 1619, reproducida posteriormente, sobre la introducción de tejidos de seda, que fué tan censurada por nuestros políticos.

Las sentidas representaciones de los fabricantes y de los políticos, motivadas por la deplorable ruina de la industria nacional, que al fin no pudo menos de impresionar a Felipe III en sus últimos años, obligó al Gobierno español a promulgar algunas disposiciones con el fin de contener importación tan funesta, que así arruinaba nuestra producción, dejando sin trabajo a las innumerables personas antes dedicadas a las industrias que desaparecieron por la concurrencia de géneros extranjeros.

Felipe IV, en los primeros años de su reinado, intentando la laudable empresa de restaurar nuestra monarquía, comenzada por su padre con la consulta del Consejo de Castilla en 1619, dictó disposiciones encaminadas a proteger la producción nacional.

«Porque de entrar de fuera de estos reinos muchas cosas hechas, como son...» decía uno de los capítulos de Reformation publicados en 1625, resulta gravísimo inconveniente al Gobierno, pues con eso se quita a los oficiales la ocupación y disposición de ganar la vida y sustentarse, quedando desacomodados y ociosos infinita gente, ordenamos y mandamos que no entren dichos géneros.» Con igual objeto se dieron en lo sucesivo otras disposiciones, pero todas fueron completamente estériles por diversas causas.

En primer lugar, como observó Struzzi en un *Diálogo sobre el comercio*, publicado en defensa de su libertad, poco tiempo después de los capítulos de Reformation, «decir prohiban» se las mercancías, es cosa fácil; mas las ejecuciones son muy dificultosas. La eficacia de las leyes prohibitivas sólo se extiende hasta cierto punto, pues cuando la ganancia que en el comercio resulta es grande (y lo era mucho en aquella época), la astucia o el cohecho abren paso al contrabando.

Nunca las aduanas ofrecen al contrabando un muro inquebrantable, aun cuando se proceda con toda cautela en el nombramiento de lo que antes llamaban *jueces de puertos*, porque, según el dicho de Moncada, «¿dónde hay tales personas a quienes el oro no encandile los ojos?» pero en el siglo XVII no le opusieron las nuestras el menor freno ni impedimento.

Es sabido cuán diversamente deben regularse los aranceles según que el objeto del Gobierno sea aumentar los derechos fiscales, considerados como ingresos del Tesoro, o proteger la producción nacional. Cuando el objeto propuesto es aumentar los rendimientos de las aduanas, como ingreso del Tesoro, los derechos deben reducirse notablemente, pues cuanto menor es el arancel mayor es el movimiento comercial, y lo que se pierde en el importe de las cuotas, se gana con grande exceso en su mayor número. Por el contrario cuando el objeto es proteger la producción nacional los derechos deben alzarse hasta el punto de entorpecer o impedir la importación legal de productos extranjeros. En tal caso se sacrifican los rendimientos de las aduanas, paralizando el tráfico, al interés de la producción indígena, en cuyo incremento se trata de resarcirse del menor rendimiento de las aduanas.

En la época a que nos referimos, como las aduanas por lo general estaban en arrendamiento, el objeto exclusivo que sus administradores se propusieron fué aumentar sus rendimientos y para esto muy lejos de entorpecer la importación elevando las cuotas, su interés fué bajarlas para favorecerla. Lo que menos les importaba era la ruina o la prosperidad de la producción indígena. Sólo miraron a su utilidad personal.

En tal situación las mismas leyes prohibitivas fueron completamente ineficaces y sirvieron tan solamente para hacer más pingüe la grangería de los administradores de las aduanas, los cuales permitieron la importación de los géneros prohibidos, mediante el pago de una cantidad estipulada.

A esto se agregó que los mismos Reyes fueron a veces los primeros en quebrantar las leyes autorizando para introducir géneros de contrabando a determinados comerciantes que, sin duda más escrupulosos, preferían obtener del Gobierno el permiso, por cierta suma, a sobornar a los administradores.

Finalmente, no necesitamos recurrir a la infidelidad de los administradores de las aduanas para explicarnos la importación, pues la legislación arancelaria referente al comercio permitido, no podía ser más absurda.

Los principios de la escuela proteccionista aconseja facilitar la exportación de productos nacionales y entorpecer la importación de los extranjeros, gravándolos con derechos más o menos fuertes. Tal era la política seguida en las demás naciones; pero en España sucedía todo lo contrario. Para acabar con la producción española, aun con la de aquellos géneros que por la naturaleza del país podemos producir con ventaja sobre las demás naciones, los aranceles cargaron fuertes derechos de exportación, que unidos a los de aduanas españolas de tierra, a los de entrada en los países extranjeros y a su natural carestía, elevaron sus precios al punto de impedir su venta. Al mismo tiempo que esto sucedía los aranceles eran moderadísimo para la importación de productos extranjeros, establecidos sin otra norma que el interés puramente fiscal, contrapuesto como

hemos dicho al de los productores. Y además de ser tan insignificantes, fueron reducidos aun considerablemente por Felipe IV y Carlos II.

Los escritores que mejor combatieron esta absurda regulación de nuestros aranceles, fueron Ustariz, en la *Teoría y práctica de Comercio y de Marina*; y Ulloa, en el *Restablecimiento de las fábricas y comercio*.

Mucho antes, la Universidad de Toledo, en su memorial a Felipe III, había reclamado ya al ver que, mientras las productos españoles pagaban derechos enormes, los productos extranjeros «no pagaban 1/4 par 100 en algunos puertos, o porque los aforos eran más bajos, o porque defraudaban lo que podían, y vendían dentro de sus navíos.»

Ustariz (1724) y Ulloa (1740), insistiendo sobre este punto especialmente, hicieron ver cómo semejante regulación de los aranceles envolvía necesariamente, no sólo la ruina de nuestras manufacturas, sino aún la de los productos más propios de nuestro clima y de nuestro suelo.

Aquellos aranceles, como dice Ulloa, debían causar la admiración y risa de las demás naciones; pues veían que nuestras tarifas se dirigían al beneficio de sus fábricas y ruina de las nacionales. «A vista de tan gran desacierto, pregunta también Ustariz, ¿quién creerá que son vasallos del Rey los que han reglado semejantes aranceles o consentido abusos tan dañosos para nosotros mismos? Pues se oponen diametralmente al despacho y comercio de nuestros géneros, y auxilian mucho al de los extranjeros; más parecen disposiciones de nuestros émulos, que de nuestros señores, como quien impone duras leyes a sus esclavos, que providencias de un Gobierno soberanamente libre y absoluto en discurrir y establecer las prudentes y justas reglas de la conveniencia y prosperidad de una Monarquía.» (Cap. 79.)

No oponiendo las aduanas el menor impedimento a la introducción de productos extranjeros, era lo natural que la importación se pronunciase en grandísima escala, hasta surtir todos los mercados españoles con exclusión de los productos indígenas que, en la imposibilidad de sostener la competencia por las razones antes expuestas, tuvieron que arruinarse necesariamente.

La falta de datos estadísticos relativos al comercio de aquella época nos impide conocer la cifra a que llegó la importación. No nos es posible fijarla ni aproximadamente, pues no cabe mayor discordancia que la que existe entre los diversos cálculos de nuestros antiguos políticos. Unos la bajan hasta 20 ó 30 millones de ducados, y otros la elevan a 150 y 200 millones de pesos.

La suma, sin duda, debía ser muy grande, pues, según Moncada (quien enumera por menor los productos que eran objeto de la importación—dice I, cap. 15), «decían que entraban dos mil y quinientos y tantos géneros de mercaderías en más de quinientas naos al año; y los cuerdos se reían de esta cuenta, y decían que la verdadera es que cuanto se gastaba en España e Indias era extranjero, y reducían a ochocientos el número de los que no se traía de fuera y se labraba sólo en España; porque todo o casi todo venía de fuera, y nos vendían hasta los rodillos de sus cabezas, porque eran rubios.»

Y no sólo los productos de la industria fueron objeto de aquella desmesurada importación, sino los mismos de la agricultura, a pesar de lo privilegiado de nuestro suelo. Es hecho que encontramos consignado en los escritos de nuestros políticos y en los cuadernos de Cortes.

En una de las condiciones del servicio de millones otorgado en las Cortes de 1625 aparece que el reino pidió se prohibiese la importación de cereales «por haberse visto con experiencia los muchos daños e inconvenientes que resultan de que entre trigo, cebada y centeno por la mar de estos reinos... y se ha perdido y pierde la labranza de estos reinos que es el trato principal que hay en ellos, y se quedan los campos por labrar... y están expuestos a que en un año de necesidad si los reinos extranjeros no quisiesen socorrer con trigo perecerían estos,» y se consigna que entraba no sólo en los años estériles sino en los abundantes «cuando hay trigo, cebada y centeno a moderados precios, impidiendo la venta de sus cosechas a los naturales y destruyendo la agricultura;» súplica reiterada en las Cortes de 1652.

No se crea, finalmente, que toda esta gran importación alimentaba una producción igual de productos nacionales con los cuales se cambiaban los extranjeros introducidos. El pago, ya lo hemos indicado, se verificaba casi exclusivamente en metálico, pues las condiciones de la producción española eran tan desfavorables, que ninguno ó casi ninguno de nuestros productos convenía a los extranjeros a los precios corrientes.

En los buenos tiempos del siglo XVI, cuando la producción española se hallaba en una situación próspera, el comercio exterior se hizo cambiando los productos nacionales con los extranjeros. Más desde que las condiciones ya expuestas arruinaron la producción española, el saldo de la importación principió a hacerse en metales preciosos. «Aunque llevan algunos frutos y materiales que valen, como dice Moncada (discurso III, cap. 6.) traen mercaderías labradas que valen diez ó doce tantos más, y así se

les deben nueve tantos de lo que llevan, y es fuerza ajustarlo con el dinero.»

NARCISO MUÑOZ DE TEJADA.

Los que van al Congreso en busca de grandes escándalos se llevaron ayer chasco. Habló el conde de San Luis por espacio de cuatro horas y su voz no hizo estallar la tempestad. Un sólo momento la creímos próxima; pero la campanilla y la firmeza del Presidente Sr. Ríos y Rosas disiparon los negros nubarrones que se amontonaban ya sobre los padres de la patria.

Con todo, si no tormentas, hubo fuertes emociones. El discurso, tan esperado hace doce años, del antiguo presidente del Consejo de ministros derribado en 1854 por el general O'Donnell y sus hombres de corazón, aunque en ocasiones lánguido por demasiado minucioso, tuvo trozos de primer orden en el género patético, y arranques magníficos.

No podemos condenar unas sublevaciones y aplaudir otras; es menester que nuestra reproblación caiga sobre todas.

Nada más diremos de este discurso. Prometemos copiar sus buenos trozos del *Diario de las Sesiones*. Su lectura será hoy interesantísima para nuestros lectores.

Por triste que sea la idea que tenga el lector católico de la ilustración teológica de los diarios progresistas en general, y de *Las Novedades* en particular, difícilmente podrían figurarse los deplorables términos en que acaba de mostrar este diario cuán poco se le alcanza en cosas espirituales y divinas; y lo que es peor, cuán poco sabe respetar lo que ignora o afecta desconocer.

Como *Le Monde*, diario católico de París, hubiese traducido al francés una bellísima oración compuesta por la piedad de Nuestro Santísimo Padre Pío IX, impetrando la protección del Señor en favor de la Ciudad Eterna, desamparada de sus amigos sinceros y amenazada de sus enemigos declarados, el periódico del progreso, cual si al oír los ecos de la tierra plegaria sintiera agitarse en su interior al genio maligno que dirige la maquinación tramada contra la Iglesia, deja percibir al través de sus frases frías, no ya sólo la ignorancia que padece en materia de oraciones, sino la interna agitación que produce en su ánimo el espíritu que lo posee. Oigamos las irónicas palabras de este mal espíritu:

«Pío IX busca todos los medios posibles de defender a Roma contra los enemigos del poder temporal. El ejército pontificio se halla ya organizado según parece; pero el Papa, después de atender a la protección de la tierra, atiende también a la del cielo.»

De este modo Roma será inexpugnable.

No es cierto que el Papa atienda a la protección del cielo: el cielo está muy bien protegido; y aunque los modernos titanes, parodiando a los de la fábula, intentan escalarlo, es seguro que sus tentativas serán también vanas, si tentativas pueden llamarse los delirios de los filósofos y políticos racionalistas que sueñan en el progreso indefinido, por cuya virtud el hombre quedará trocado en Dios, como elocuentemente decía en su última carta Su Eminencia el señor Arzobispo Cardenal de Santiago. A lo que el Papa atiende con su ejército y con sus oraciones es a la protección del pequeño pedazo de tierra que le han dejado hasta aquí sus enemigos, porque no han podido todavía quitárselo; y no cree el religioso Pío IX que haya nada tan bueno para atender eficazmente a la protección de Roma, como la del cielo que invoca en la siguiente oración:

«Proteged, Señor, esta ciudad, y haced que vuestros ángeles guarden sus murallas. Apartad de nosotros vuestra cólera, pues nos amenaza la coalición de vuestros enemigos, que se glorifican en su fuerza. Destruid, Señor, su poder y dispersadlos para que se sepa que no hay quien combata por nosotros, si no vos, Señor nuestro.»

Pero «de este modo», dice *Las Novedades*, refiriéndose a la protección del cielo en favor de la Ciudad Eterna, «Roma será inexpugnable.» ¿Quién lo duda? Si *Deus pro nobis*, ¿quién contra nos? ¿Cree *Las Novedades* que los modernos Atilas serán más poderosos que el antiguo, que hubo de retroceder ante la visible protección del cielo que hoy invoca el piadosísimo Pío IX?

Pero aquí viene lo más recio de la dificultad que suscita *Las Novedades*: Si el Papa protege con soldados las reliquias de sus dominios, ¿por qué eleva también su corazón a Dios en la oración? Y si el Papa, ora invocando la protección del cielo, ¿por qué busca medios de defensa en la tierra? Hé aquí el modo mismo como descarga *Las Novedades* el gran golpe de su argumentación sobre la piedad y prudencia del venerando Pontífice:

«En vista de ella (de la oración de Pío IX) se nos ocurre preguntar: ¿para qué gravar el presupuesto romano con las considerables sumas que se invierten en mantener un ejército por corto que sea?»

«Magnífico! Según las ideas de *Las Novedades* la oración dispensa al Papa, como al simple fiel, de emplear toda clase de medios temporales para proteger sus legítimos derechos. Reservado estaba a quien así ignora los principios de la doctrina y aun los proverbios de nuestra buena habla castellana, dar lecciones al Vicario de Jesucristo en materias espirituales. Bien que *Las Novedades* no se propone esto, sino lo que hace es escarnecer al Padre Santo, dejándolo, si en su mano estuviera, sin fuerza alguna material, a merced de sus enemigos, y sin otro apoyo que sus oraciones, de las cuales se

burla el periódico de Madrid a ciencia y paciencia de quien debiera mirar porque no fueran burladas las cosas santas.

*Las Novedades* está de vena estos días.

«Poquito a poco, dice, desandaremos lo andado. Nuestro colega *El Guadalquivir* de Córdoba nos da la siguiente noticia:

«Sigue habiéndose en ciertos círculos de esta capital del proyecto de fundar un convento de Trinitarios descalzos en el edificio de los Padres de Gracia, y se supone que el pensamiento está en vías de realizarse.»

Si ha de cumplirse el Concordato, algún convento más que el de los Padres de Gracia hay que restablecer en España; y si hemos de entrar en orden, algo y aun algo de lo andado tenemos que desandar.

Pero no se asuste el diario progresista, que mientras manden liberales, todo lo que se desande sólo servirá para afirmar y consolidar lo andado.

Creemos que no transcurrirá el día de hoy sin que se vote el proyecto de contestación al discurso de apertura de las Cortes.

Más de dos meses han mediado desde uno a otro suceso. ¿Se ha perdido el tiempo? El conde de San Luis decía ayer que no; que estos debates, con la solemnidad con que procedemos por acá en negocios parlamentarios, son cosa muy útil y muy conveniente.

En efecto, de la solemne discusión resultará que los ministeriales votarán que sí, y los de oposición que no, sin que ni unos ni otros se hayan convencido por sus adversarios.

Nunca es inútil conocer esta verdad.

Dice *La Discusión*:

«El conde de San Luis pronunció ayer en el Congreso un discurso de mucha gravedad. Ningún orador de los que han tomado parte en la contestación al discurso del Trono ha hecho tanto daño a la unión liberal como el conde de San Luis. Penetró este orador con arrojo en la entraña del vicarismo, y la trituro materialmente. Que no fuera el conde de San Luis el ministro del año 1854, y la unión liberal hubiera muerto ayer. Así y todo, la unión liberal ha entrado en el período de la agonía. Sentimos no decir más.»

Ayer continuó en el Senado la discusión del proyecto de ley de reforma de la de imprenta, consumiendo el tercer turno contra la totalidad el senador progresista no retraído Sr. D. Cirilo Alvarez. El orador se manifestó muy liberal.

Lo notable de la sesión fué que al Sr. Alvarez contestó el Sr. Sanchez Silva, antiguo progresista que hoy forma parte de la comisión con el Sr. Infante, ex-progresista también.

Hoy son estos señores de la Unión liberal.

*Distingue tempora et concordatis jura.*

El 23 de Diciembre próximo pasado, fondeó en Manila, procedente de Hong-Kong el vapor de su majestad *Patino*, con la correspondencia expedida en Madrid el 6 de Noviembre anterior.

## ÚLTIMA HORA.

### SENADO.

Habiendo manifestado el señor ministro de Gracia y Justicia que estaba dispuesto a contestar a la interpección anunciada por el Sr. Rentero acerca de un acto de coacción que se dijo que había ejercido dicho ministro contra un senador del reino y magistrado del Tribunal Supremo, hoy difunto, al tiempo de ir a emitir su voto en una de las secciones de la Cámara, el Sr. Rentero explica su interpección.

Dice el orador que su propósito no es hacer la oposición, sino dar lugar a que el señor ministro se defienda, negando el hecho si no es cierto, o explicándolo.

El ministro de Gracia y Justicia contesta negando rotundamente el hecho.

El señor duque de Valencia, presidente que era de sección, a que pertenecía el señor ministro y el magistrado, dice que no observó nada que desdijera del decoro de los señores senadores, y que no lo hubiera consentido si el hecho de que se habla hubiera pasado a su presencia.

El Sr. Rentero dice que queda satisfecho con la negativa del señor ministro.

El señor marqués de la Habana corrobora las palabras del señor duque de Valencia.

### CONGRESO.

El Sr. Cánovas, ministro de Ultramar, continúa su discurso interrumpido ayer, y promete ser muy extenso.

## CÓRTEES.

### CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS ROSAS.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 1.º de Marzo de 1866.

Abierta a las dos, se leyó y fué aprobada el acta de la sesión anterior.

Se dio cuenta de los nombramientos hechos por las secciones en su reunión de ayer.

Quedó sobre la mesa el expediente relativo a la concesión de los ferro-carriles de León a Gijón, de Palencia a Ponferrada y de Ponferrada a la Coruña, remitido por el señor ministro de Fomento.

Pasó a la comisión de incompatibilidades la comunicación anunciando que el Sr. González Carvajal queda en situación de retiro.

ÓRDEN DEL DÍA.

Sorteo de secciones.

Se procedió al sorteo de las secciones como primero de mes, según reglamento.

Actas.

Sin discusión fueron admitidos diputados los

señores D. Juan Bautista Alonso y D. Manuel Girona.

Contestación al discurso de la Corona.

Continuando la discusión, dijo

El señor conde de SAN LUIS: Voy a contrariar los sabios preceptos de la oratoria. Necesitando tanto de la benevolencia de cuantos me escuchan, estoy seguro de no poder lograrla defendiendo la utilidad de esta discusión. Se cree que se pierde el tiempo en estas discusiones prolongadas del mensaje; yo creo que es el tiempo que mejor se aprovecha. ¿De qué se trata en estas discusiones? De la política. ¿Qué es la política? La ciencia de gobernar. ¿Y no es importante y necesario?

En Inglaterra, se dice, en una ó dos sesiones se concluye esta discusión. Dadme una sociedad y un Gobierno como aquellos, y de buena gana entraré en esa costumbre. De Francia se ha desterrado el parlamentarismo; ved, sin embargo, como allí se discute ampliamente la situación del país y la política del Gobierno. Hay una cosa muy notable en esa censura: que después de haber clamado contra la prolongación de estos debates, suelen al siguiente día suspender las sesiones por no haber asuntos de que tratar. Y nada prueba que queden muchos asuntos por discutir al final de una legislatura. Eso, cuando más, demuestra que nuestros reglamentos son defectuosos; que deben reformarse para facilitar el curso de las leyes, y sobre todo, de los presupuestos; pero no nace el mal de estas discusiones.

Dicho esto, entro en las cuestiones que hoy me propongo examinar. Si como teoría general habeis oído mi opinión acerca de esos debates, en los momentos actuales, no sólo creo la discusión necesaria, sino imprescindible. Las cosas han llegado a un extremo que pone miedo en los ánimos más esforzados. ¿Es toda la culpa de la política que hoy domina? No; pero hasta que con ella sea, como es, imposible el remedio al mal, para que yo crea hacer un servicio al país explicando los fundamentos de mi oposición.

No vengo a suscitar cuestiones estériles ni a traer aquí mi personalidad. Si recuerdo ciertos hechos será para estudiar su espíritu, el sistema que constituyen, sistema al cual atribuyo en gran parte los males del país. No recordaría esos hechos si no formaran un sistema. Para un estraviado ó un error puede haber indulgencia; pero debe haber la reprobación pública para un sistema de estravios ó un propósito de error.

La fría observación que durante doce años he aplicado a los negocios públicos, dará cierta autoridad a mis palabras. Una explicación dolorosa primero y una noble resignación después, me dan derecho a decir ciertas cosas.

Ayer oísteis al señor presidente del Consejo de ministros y antes habíamos oído al señor ministro de Estado; el señor ministro de Estado, liberal hasta la pasión; el presidente del Consejo, monárquico hasta el fanatismo. Yo aplaudí en ambos esos sentimientos. Admiré el discurso del señor duque de Tetuan, sumamente hábil a primera vista, aunque lleno de contradicciones.

Pero decía yo: ¿es posible que al fin de estas largas discusiones no tenga que decirnos el Gobierno nada más que lo que nos dice? ¿Que no podamos saber acerca de la situación del país, sino que el señor ministro de Estado es muy liberal y el señor presidente del Consejo sabe arrancar aplausos del Sr. Figuerola? ¿Son estas las explicaciones que nosotros tenemos derecho a esperar? El señor presidente del Consejo ha hablado; y yo, comparándole a César, padre del pueblo, rechazando todas las distinciones, no quedándose más que con una corona, que el señor duque de Tetuan no necesita, decía yo: «Pueblo Siro! ¿Qué autor, qué autor! Tiborio.»

S. S., al anunciar el hecho de haberse aumentado la paga del ejército, y al decir que esta era una especie de memorial que al ejército había presentado el partido moderado, me hizo meditar respecto a sus palabras, y se me figura que el discurso de S. S. no iba tanto dirigido al Congreso como allá a las alturas donde se forja el rayo. Su señoría tocaba una porción de cuestiones que aquí no se han suscitado; daba explicaciones que aquí no se le han pedido. Y decía yo: ¿con qué fin el duque de Tetuan, que calla sobre tantas cosas, da estas explicaciones?

En efecto, la primera condición del régimen representativo es la sucesión de los partidos en el mando: la opinión pública indica, la Corona elige, el ministerio elegido ejecuta según las doctrinas anteriormente proclamadas. Los hombres de iniciativa conciben una idea; si la opinión no está preparada, esperan. Otras veces no son felices en la aplicación, y deben retirarse hasta el momento oportuno. En estas evoluciones van envueltos la dignidad y el decoro del individuo; y cuando los pueblos ven a esos hombres padecer por una causa, si no los siguen, los respetan por lo menos.

Sin estas condiciones, no hay Gobierno representativo. Por eso la cuestión de las cuestiones es la que yo propongo a vuestra consideración.

Sin embargo, no se puede prescindir en ella de las personas, porque las personas y las ideas se enlazan de tal modo, que en la práctica no es posible separarlas. Cuando analizamos al hombre en su influencia y en sus relaciones con la sociedad, no nos personalizamos en el sentido vulgar de esta palabra.

Antes de volver a lo que os he dicho, que será el tema principal de mi discurso, y es que no tenemos Gobierno representativo en España, hablaré de lo que ha tratado aquí el Sr. Figuerola y que ha producido cierto temor y alarma. Yo creo que esa cuestión de influencias no se ha tratado con toda la imparcialidad debida.

Las influencias se han anatematizado aquí por personas muy respetables; esas personas se han equivocado en su modo de combatirlas. De influencias no están libres los Monarcas ni nadie. Nada más imposible que evitar que haya influencias alrededor de un Monarca. ¿Cómo evitar las influencias que puedan ejercer alrededor suyo, sean sus padres, hijos, consortes ó servidores? Lo que hay que evitar es que esas influencias comprometan la suerte del Estado. De aquí nace una cuestión que aquí no se ha querido traer. Cuando un individuo está lejos del poder, con la mayor facilidad ve influencias; cuando está en el poder no



las vé. La cuestión de influencias puede traerse aquí; ¿pero de qué manera? Haciendo siempre responsable de ellas al ministerio.

Cuando se habla de influencias atacando la inviolabilidad constitucional del Monarca, se comete un acto que no quiero calificar. Cuando la responsabilidad no sale inmediatamente á rechazar ese ataque, se comete una debilidad que tampoco califico. Los hombres públicos deben ser consecuentes. No se puede estando en el mando rechazar ataques á influencias y fuera del mando cometer esos mismos actos que en el poder se rechazan.

Yo, señores, iría muy alta la frente al cada uno á cubrir con la responsabilidad del ministro la inviolabilidad del Monarca. Que el Sr. Figuerola, que no ha sido ministro, hable de una manera incompleta de las influencias, no lo extraño; pero que no se rechacen ciertos artículos de *Misterios*, y la *Clave* y *Meditaciones* y otros que han sido poder, es la cosa más reprochable.

Señores, no tenemos gobierno representativo. Ahí está un ministerio compuesto de personas respetabilísimas y de alta posición en esta mayoría. Pues bien, sin necesidad yo ensalzalos más, someteré á vuestra consideración una observación. Figuro que el señor duque de Tetuan cambia de compañeros: ¿creeréis por eso que esta situación había concluido? No, señores; pues bien, que se diga que han roto con el duque de Tetuan seis ó siete generales que le vienen acompañando hace años, y todos direis que esta situación ha muerto.

Eso es lo que tenemos en España: la fuerza y la amenaza. Dominó la fuerza primero haciendo alianza con la revolución, después ametrallándola. Dominó luego cinco años; y cuando ya no pudo dar un paso se lanzó la última hora de la *Correspondencia*; la amenaza. El señor presidente del Consejo rechazó anoche la responsabilidad de esta última hora. ¿Por qué no la rechazó en la prensa ó en la tribuna el día en que se escribió?

Nadie habrá olvidado después cómo en la oposición se halagaron los institutos revolucionarios, y cómo se ha procurado satisfacerlos para alcanzar nuevamente el poder.

Anoche habéis oído las declaraciones del señor presidente del Consejo. Si yo tuviera la esperanza de que se trataba de dejar el poder en manos de un partido cualquiera, con tal que fuera de orden, con tal que pudiese decirnos su credo y haya formado iglesia, sellaría mis labios. Pero no es eso. Veo á los hombres de Vicálvaro más obstinados que nunca. ¿A dónde van? ¿A dónde nos llevan? Su influencia ha dado la vuelta al mundo. Asia, África, América, Europa, han visto constantemente en los más importantes puestos á los altos dignatarios del vicarismo. ¿Y han ganado esa influencia haciendo lo que prometieron, dando prosperidad al país, devolviendo su pureza al sistema constitucional? Veámoslo.

Llamando á su auxilio á los progresistas, vistiéndolo su uniforme, votando su constitución, y ahogando luego en sangre sus aspiraciones, les hicieron creer que estaban definitivamente desheredados. De esta creencia nació el retraimiento, y del retraimiento la revolución.

En 1856, el partido progresista se dividió en tres grupos; uno se unió al duque de Tetuan, otro se conservó progresista, otro pasó á dar vigor á la democracia. Por eso la democracia podrá elevar al duque de Tetuan un monumento con esta inscripción: «Al gran demoleedor de los partidos medios, la democracia reconocida».

¿Y el partido moderado? ¿Puede considerarse menos desheredado desde que impera el vicarismo? Triunfó el vicarismo en 1856 invocando los principios conservadores, y sin embargo, el partido conservador nunca ha triunfado por completo.

Durante el ministerio del duque de Valencia, se conservaron al lado del poder muchos prohombres vicaristas. El vicarismo ensanchó sus medios de acción durante el ministerio Armero. Se unió el partido moderado á la vista del común peligro; y de nada le sirvió esta unión, no obstante que se nos dice que no podemos mandar, porque estamos desunidos, y esto se proclama por un Gabinete que tiene la unidad que veis. Se formó el Gabinete Isturiz, y logró introducirse en él el Sr. Posada, como aquella máquina que nos pinta la Enxada, para venir después el duque de Tetuan.

Así, en tres años, tres golpes de fuerza: 1854, contra quien no quiero nombrar, 1856, contra las Cortes constituyentes; 1858, contra las listas electorales, ó sea la legalidad existente.

Mucho me complacerá oír al señor duque de Tetuan explicar en virtud de qué principios aceptó entonces el poder. ¿Le llamaba la opinión? Señores, apela á vuestra conciencia. En 1857, ¿dónde estaba la Unión liberal? El mismo señor duque de Tetuan decía que necesitaba ser poder mucho tiempo para fundar la Unión liberal, porque no había tenido ocasión de formarla. En 1859 no había ni podía haber tal unión. Había sólo en Madrid el núcleo de generales á que he aludido, y algunos hombres políticos. No podía, pues, la opinión llamar al señor duque de Tetuan; todas las cuestiones á la sazón existentes, podía resolverlas ó el partido moderado ó el progresista. La entrada del señor duque de Tetuan fue pura y simplemente porque aspiró al poder.

¿Le llamaban sus antecedentes? De sus antecedentes, señores, no creo que saqueis el origen de su poder.

Esa aceptación del poder tuvo consecuencias gravísimas, porque entró el señor duque de Tetuan á ejercerlo como tiene de costumbre. S. S. á juzgar por lo que los hechos repetidos indican, tiene un modo particular de ver las cosas: cree que todo lo hace bien; no le he oído todavía confesar un error; y todo lo que hacemos los demás es malo: no le he oído tributar una alabanza á nadie; como no sea ayer tarde al Sr. Figuerola. Señores, pues así como he hecho responsable á S. S. de haber dado vida y alma á la democracia, le hago también de haber introducido el virus de la política en el ejército.

Había en España porción de generales que obedecían fielmente á los Gobiernos. Yo proclamo la necesidad de que los Gobiernos se rodeen de personas de confianza para los puestos importantes. Pero, señores, cuando en nombre de principios de orden se destituye á generales como Armero, Alameda, Sanz, ¿qué se desprende de esto? Que no se quieren generales imparciales, sino que sean precisamente del círculo de S. S.

S. S. en un par de *Gacetas* arregla el plan general de la alta administración de la milicia. Sin duda teme que se le pronuncie. Pero hay más: aquí está la *Gaceta* del 2 de Julio de 1858; época normal, completamente normal. Aquí se revela que su señoría se excede en el uso de su derecho. Dos veces destituyó al duque de Alameda de la dirección de la Guardia civil, y al lado de todos los decretos en que se dice que S. M. quedaba satisfecha del celo del funcionario separado, está el de separación del duque de Alameda sin ese requisito. Señores, ¿había faltado el duque de Alameda de una manera tan grave que mereciese esa excepción? ¿Puede moralmente un ministerio tomar así el nombre de S. M. para infligir esta clase de pena sobre un alto servidor, sobre aquel que estaba al frente de esa fuerza, á quien tanto debe el señor duque de Tetuan?

Así, señores, se han ido encontrando los ánimos; la pasión política es cada día más viva, y se han visto flaquezas que la opinión condena, y hasta han llamado la atención de la prensa extranjera. ¿No han de venir esas flaquezas, cuando el hombre, en la senda del honor y del deber, no encuentra sino el abandono y la miseria? No todos pueden ser héroes; y cuando el hombre no encuentra su bienestar sino á costa de su conciencia, se le somete á una prueba terrible. Por eso se han visto ciertas vergonzosas transacciones; por eso muchos buscan la sombra de una bandera de tan abigarrados colores.

Mandó la Unión liberal cerca de cinco años, y anoche el señor duque de Tetuan decía al Sr. Orozco: «No habíais de caer si estabais desunidos? Nosotros estamos unidos y unidos caeremos. Será verdad, pero eso es hoy; ¿y el ministerio de los cinco años? ¿No tuvo S. S. muchas crisis ministeriales? Se venía siempre diciendo de España: no es posible que los gobiernos hagan gran cosa en este país por lo poco que duran. El ministerio del duque de Tetuan duró cinco años. ¿Qué ha hecho? Si me recordáis que ha hecho algo, yo os contestaré con los discursos de vuestros mismos prohombres que demostraron que no hizo nada. En vano se apeló á arreglos y transacciones: la Unión liberal fue juzgada, sentenciada y ejecutada por ella misma: se suicidó. No añado nada, porque no sería gramatical».

Parecía natural que ninguno de los hombres que participaron de esa responsabilidad hubiese vuelto al poder. Nada de eso: se ingirieron en los ministerios sucesivos y siguió la lucha entre ellos, y sólo se unió la Unión liberal en el año pasado. Y consiguieron derribar al ministerio del duque de Valencia y al partido moderado.

¿Por qué cayó el partido moderado? ¿Por qué le reemplazó el Gabinete del duque de Tetuan? ¿En qué Jordan se había bañado S. S.? Dijo el Sr. Posada que derribó al ministerio Narvaiz la opinión. Yo acepto la teoría del Sr. Posada: es decir, concedo que la opinión del país pueda en ciertas circunstancias hacer que un Gobierno deje el poder. Pero esta opinión, si ha de ser fundada y respetable, es menester que esté formulada en alguna cuestión. ¿Qué cuestión se había formulado irresoluble para el duque de Valencia? ¿Era la de Italia? ¿Era la de ley electoral? Si hemos de atenernos á lo que hemos visto, á estas cuestiones se refieren los señores ministros. ¿Y en qué acto se han comprometido á sostener los principios consignados en la ley electoral y en el reconocimiento de Italia? Además, ¿qué objeto político se proponía el Gobierno con esas medidas? ¿Se ha conseguido ese objeto?

Se ha hablado de que el duque de Tetuan vino á conjurar la tempestad formada durante el Gabinete del duque de Valencia. Pero, señores, si el Gobierno actual no ha podido sacar de su retraimiento á los partidos liberales; si el reconocimiento de Italia no ha contentado á nadie; si el Gabinete ha visto que también hay para él insurrecciones militares, ¿qué razón de existencia tiene este Gabinete?

El duque de Tetuan tiene una inmensa responsabilidad en los sucesos últimamente ocurridos, y en los que están ocurriendo, por haber aceptado el poder, y esa responsabilidad se ha aumentado por no haberse retirado. S. S. no debió llevar al país á nuevas elecciones. Yo he luchado en el terreno legal cuanto he podido, para que no fuese el duque de Tetuan quien convocase las nuevas Cortes. Una vez disueltas las anteriores, no había más medio para sacar á los partidos del retraimiento que nombrar un ministerio que diese garantías de imparcialidad, y que se comprometiese á no ser poder sino durante el período electoral, dejando el puesto cuando se conociese aquí la voluntad del país. En este caso, desde que la Corona la elección, hubiera empezado á plantearse el Gobierno representativo. Ninguno partido se hubiera negado á aceptar la lucha en esas condiciones. Pero cuando el duque de Tetuan eran quien convocaba, ¿podían los partidos aceptar la lucha? El duque de Tetuan era el menos, á propósito para inspirar confianza al país, en un asunto que es absolutamente de confianza. Su señoría había ofendido al partido progresista; su señoría había ofendido al partido moderado cuyos Gobiernos, en opinión de S. S., no sirven más que para dejarle descansar cuando está fatigado del Gobierno.

Pocos ministerios se han visto con tantas dificultades como el actual desde sus primeros pasos. Tuvo que destituir al director espiritual del Principado de Asturias; tuvo disgustos en la recepción del embajador de Francia; los tuvo con motivo de la recepción del ministro de Italia (el señor ministro de Estado hace signos negativos); los tuvo ó los debió tener; los tuvo también con motivo de cierto accidente en la entrevista de SS. MM. y los Emperadores de Francia, y ahora los tiene con motivo de la emisión de este acontecimiento en el discurso de la Corona. Hubo tumulto en Jerez, tumulto y sangre en Lérida y otras poblaciones importantes de Cataluña, y hubo noche de San Cándido en Zaragoza, y curiosos muertos en los balcones, y mucha sangre derramada.

Y, ¿era esto sólo? No; ¿qué contradicciones! ¿Qué política tan rara! A un intendente que iba al

confin del mundo, se le destituye en la mitad del camino. Se alborota porque se nombra vicepresidente de la junta de Estadística, cargo incompatible, á un digno diputado, y se nombra para este cargo á otro no menos digno, pero no menos diputado. Y se conservan las direcciones del ministerio de la Gobernación, y se nombra á diputados para destinos compatibles ó no; en fin, se hace la política de la Unión liberal.

Y ya que hablo de incompatibilidad, no puedo menos de decir que con esta ley se ha hecho un mal gravísimo, porque personas que antes se hubieran contentado con ser oficiales de secretaría, hoy son nombrados directores generales, á fin de que puedan ser diputados; que personas que se contentarían con ser encargados de negocios ó secretarios de legación, tienen que ser elevados á la alta categoría de ministros plenipotenciarios.

He citado estos hechos, quizá los menos graves entre los muchos que podría citar para deducir de ellos la índole de la política que domina, y que por más que se haya calificado por algunos de revolucionaria, no tiene nada de eso, porque en una política revolucionaria, habría algo de grande. Es perturbadora; pero sólo perturbadora, y por eso la vemos ó hipócrita, ó contradictoria: hipócrita si no ofrece con sinceridad; contradictoria si no cumple lo que sinceramente promete.

¿Y es esta la política que nos conviene? ¿A dónde puede conducirnos? Tan sólo á la arbitrariedad casuística más odiosa.

El Gobierno llevó al país á las urnas; ¿y habéis oído lo que ha dicho de esto el señor ministro de la Gobernación? S. S. ha dicho que de tal modo se había cruzado de brazos en materia de elecciones, que había sabido los nombres de algunos diputados cuando los había visto en la *Gaceta*.

Es decir que S. S. apagó la caldera de la nave; la dejó llevar mansamente por los vientos, y se entregó al dulce far niente. ¿Qué sencillez! ¿Que candor! Pero, ¿no recordáis, señores, los trabajos de su señoría en los primeros meses de su ministerio? ¿No recordáis que se han pedido aquí listas de alcaldes destituidos, y de los ayuntamientos suspensos ó separados? ¿La de tantos funcionarios como habían desaparecido, siendo sustituidos por otros? Pues bien: después de retraídos los partidos democrático y progresista, y cuando el moderado se decidió á ir á las urnas sólo quince días antes de la elección, ¿qué significan esas palabras de S. S.?

Pero en fin, señores, las elecciones se hicieron; se abrieron las Cortes, y á los pocos días estalló la rebelión militar. ¿Vendré yo, señores, á defender esta sublevación? Nadie de nosotros lo piensa. ¿La conspiración y la sublevación militar! Muchas veces, señores, he reflexionado sobre el trámite de la conspiración á la sublevación militar, y al figurarme que el superior tiene que rebajarse á solicitar del inferior que falte á sus deberes, y al mismo tiempo que tiene que decir á sus auxiliares: «No lleguéis á tal oficial ó á tal jefe, porque ese es incapaz de faltar á lo que ha jurado», me estremezo.

Pero señores, ¿y si se trata del abuso de confianza? ¿Distinguir á un general, traerle un Gobierno á su lado, consultar con él sus planes, imponerle en los secretos de la administración y de la política; en situaciones terribles y complicadas pedirle consejo, oír su parecer, encontrar la aprobación de las medidas ó la proposición de algunas reformas en ellas, oír sus protestas de amistad sobre la cruz de su espada, y estrechar la mano que pocos momentos después debe clavarlos el puñal por la espalda! ¡Ah, señores! este es un recuerdo que no se puede borrar de la memoria; es una herida que mana siempre sangre; es un dolor á cuyo recuerdo el llanto escaldaba siempre las mejillas.

Yo no sé si el señor duque de Tetuan ha pasado por esa pena amarga y desgarradora; si no ha pasado por ella, yo le felicito de todo corazón.

S. S. hizo concesiones á la revolución. Su señoría, además de las leyes que ha recordado, además de haber retirado la de imprenta del Senado, repuso al ayuntamiento de Madrid, suprimió la Guardia civil en el despejo de la Plaza de toros, reinstaló al rector de la Universidad y á un catedrático separado, permitió reuniones y discursos en ellas en que abiertamente se habló de conspiraciones y de planes revolucionarios, de tal modo que todas las gentes del país se estremecieron. Su señoría dejó correr artículos de tal gravedad, que yo estoy seguro que S. S. no los ha leído, porque si los hubiera leído no hubieran circulado.

A mí me parece imposible que haya un hombre en España que dijera que eran leves habiéndolos leído; yo traigo aquí uno que entregará á S. S. para que después lo rompa y me diga si es respuesta satisfactoria la de que las leyes no bastan para reprimir esos abusos, y la que el señor ministro de Gracia y Justicia á un señor senador que le reconvenía por haber encontrado medios de que no se publicara más que un número de cierto libelo infamatorio. Yo no quiero que la fuerza bruta de un particular reprima los excesos de la prensa; para eso está el Gobierno y para eso son los bills de indemnidad. ¿Qué importa á la alta dignidad vilipendiada, como nosotros no dejaríamos que se vilipendiara á nuestras esposas, á nuestras hijas, á nuestras hermanas, que después de siete meses de haber circulado aquel escrito en que se la infamaba, se venga aquí á decirnos que un padre de familia que no era el autor de aquel escrito va caminando hacia presidio! Esta es la política hipócrita de que antes he hablado; cuando había falta de imparcialidad, se dejaba que esos periódicos fueran tranquilamente á los tribunales; y hoy, que hace falta otra cosa, se llevan al Senado leyes represivas.

Otra contradicción del discurso de S. S. de ayer es la relativa á la revolución. Sabía S. S. que se conspiraba? ¿Pues por qué llamó amorosamente al general Prim? ¿Cómo dejó que la revolución estallara, ó cómo no supo contenerla si trató de hacerlo así? Lo que hay es que S. S. creyó que haciendo concesiones á la revolución, dando cierta latitud, pondría su nombre tan alto, que lo glorificaría; pero su señoría se equivocó, y cuando esto sucede no se pueden venir á pronunciar discursos como el que su señoría pronunció ayer.

El señor duque de Tetuan cree que es muy popular, y que el partido moderado está poco queri-

do; es claro que el partido moderado no puede ser lo que hoy se llama un partido popular; pero en primer lugar, los partidos moderado y progresista han declarado una y mil veces que nos preferiríamos á nosotros á S. S. y al partido que tiene detrás; y en segundo lugar, entre el partido moderado y esos otros existe enemistad de principios, como el señor duque de Tetuan no tiene ningunos ó los tiene todos, no puede excitar más que animosidad personal.

Pero en fin, llegó un día en que el marqués de los Castillejos salió casi de entre los brazos del señor duque de Tetuan, armado de punta en blanco, como Minerva de la cabeza de Júpiter. La conspiración, si hemos de dar crédito á lo que ha dicho el señor duque de Tetuan, es la más vasta que ha habido en España desde há mucho tiempo, y la que menos favor puede hacer á un Gobierno presidido por un capitán general. Las sublevaciones de 1841 y 1854 estaban dirigidas por generales de mucho prestigio y nombradía; pero, señores, ¿y la actual? ¿Se ha pensado bien en lo que ha pasado y en lo que está pasando?

Yo no niego al marqués de los Castillejos la calificación que ayer le dio el señor duque de Tetuan; pero no pudo menos de producirme un gran asombro el ver que S. S. se la daba en este sitio, porque creo que una indiscreción que el jefe de un Gobierno, el capitán general de ejército, desde ese puesto, califique de cierto modo á un general sublevado, tres días después de publicada en la *Gaceta* una sentencia tristísima, pero que indica que ha faltado á lo que debía á una alta prerrogativa. Yo creo que S. S. no debió hacer esa calificación aunque se refiriera á hechos anteriores de ese que fué general, y que yo he tenido buen cuidado de no llamarle tal desde que he visto su sentencia en la *Gaceta*.

Pero aparte de esta digresión, señores, exceptuando al marqués de los Castillejos, ¿quienes han sacado los regimientos de debajo del poderoso brazo del señor duque de Tetuan? Los comandantes Bastos, Campos y Gonzalez, y algunos oficiales y sargentos á quienes nadie conoce. Véase lo que se ha necesitado para hacerla, y cuál debe ser el estado del ejército. ¿Y decir ayer el señor duque de Tetuan que ha vencido la revolución? ¿Que la ha vencido? ¿Y dónde? ¿Pues y decir que el país ha acogido con disgusto esa sublevación? ¿Y decir que continúa el estado de sitio, porque el marqués de los Castillejos sigue retando al Gobierno desde Portugal? Yo no comprendo que se digan semejantes cosas.

Lo que hemos visto es que las tropas del Gobierno han ido escoltando á las tropas sublevadas hasta Portugal. Así lo dice ese documento á que da tanta fe el señor duque de Tetuan. Durante diez ó doce días esas tropas han estado marchando y contramarchando por entre tres columnas que las persiguan; ¿qué extraño es, pues, que se crea que no sólo ha escoltado al marqués de los Castillejos el comandante de carabineros de Encinasola, sino que ha llevado más lucida y numerosa escolta durante toda su marcha?

Pero, señores, ¿si el país estaba en favor del Gobierno, cómo es que el estado de sitio continúa, porque el marqués de los Castillejos sigue retando al Gobierno, le declara la guerra y hay que responder al hierro con el hierro, á la guerra con la guerra? ¿No dice también el señor duque de Tetuan que la inmensa mayoría del ejército es leal? Pues bien, con el apoyo del país, con el del ejército, con el de todos los partidos legales, ¿no puede levantarse el estado de sitio hasta que el general Prim diga: «ya no reto, ya me doy por vencido».

Antes de volver á esta cuestión del estado de sitio, tengo que hablar de algunos acontecimientos que no me llevarán más allá de la promesa que tengo hecha de no traer aquí cuestiones estériles. Todas las que estoy tratando son de actualidad, y han de tener grandes influencias en el porvenir; de ello podéis convenceros si lo reflexionáis sin pasión.

El señor presidente del Consejo influyó en unos acontecimientos de que yo no quiero hablar, y de los cuales ha dicho S. S. que contesta respecto á la responsabilidad que pudo tener en ellos, con hallarse en este sitio. Es verdad; yo tengo además para no hablar de ellos la razón de que aquí no hace falta tratarlos, y la de que el Sr. Posada Herrera ha absuelto al señor presidente del Consejo de ministros; y cuenta que esta absolución debe satisfacer mucho á S. S., porque el Sr. Posada Herrera no fué en aquella época de los vencedores, sino de los vencidos. El Sr. Posada Herrera ha dicho:

«Yo, señores, nunca me he pronunciado ni contribuido directa ni indirectamente á revolución alguna; pero no puedo menos de reconocer, en defensa de algunos de mis compañeros, que cuando un hombre obra por patriotismo, cuando cree que en determinadas circunstancias sirve á su país tomando tal ó cual actitud, sosteniendo tales ó cuales opiniones, no puede hacérsele cargo por su conducta».

En un documento citado ayer por el señor presidente del Consejo, se leen estas líneas: «Si todos los hombres públicos están obligados á dar pública cuenta de sus acciones, más y con mayor motivo debe darla quien, impulsado como yo, por el amor á la patria y á la libertad, ha iniciado una revolución política destinada á salvar la propiedad y la familia de la tremenda revolución social que la amenaza, y que han preparado los gobiernos reaccionarios, cuyo sistema se reduce á mantener el despotismo en lo alto, en medio la corrupción y debajo la esclavitud».

Es decir, señores, que con arreglo á la doctrina del Sr. Posada Herrera, no habrá más que entrar en el examen de si se han tenido ó no esos motivos para llegar á cometer un acto de indisciplina. Es decir, señores, que esas teorías no deben salir nunca de los labios de un gobierno, y mucho menos cuando está atacado por una revolución armada. Y si añadís á esto que hay un sistema en el señor duque de Tetuan para no borrar antiguas huellas, y que hay siempre en S. S. un tesón de mal ejemplo para el ejército, ved si no tendré yo razón en venir á decirle que no siga por ese camino. Si S. S. se vio en la necesidad de acometer ciertos actos, ¿por qué desde que fué gobierno no tuvo cuidado de no minar las bases de todo gobierno posible?

S. S., desde que fué Gobierno, reorganizó y volvió su nombre al regimiento de infantería de Córdoba, sublevado en Febrero de 1854. ¿Fue la sublevación de aquel regimiento una revolución política de las que absuelve el Sr. Posada Herrera? No; fué una rebelión sin bandera conocida y sin éxito. Pues no hubo eso sólo, sino que aquel desgraciado brigadier, coronel del regimiento, que murió en las calles por aquel acto, ha sido después considerado como general por el señor duque de Tetuan. Su viuda ha disfrutado la viudedad de general, ¿cómo si su esposo hubiera muerto en campaña! Yo me alegro de que si tiene hijos disfruten de ese beneficio; pero no se trata aquí de los particulares, sino de los actos de un Gobierno. ¿Con qué autoridad moral borra hoy este Gobierno los nombres de Calatrava y de Bailén? ¿Por qué? Si su señoría pudiera invocar algún gran principio, nada tendría yo que decir; pero, ¿qué necesidad teníamos de haber reorganizado en otro tiempo un regimiento sublevado, sin que se sepa por qué ni para qué?

El día 30 de Junio de 1854, ¿quién era Gobierno en España? ¿Lo era el general O'Donnell? No. Pues sin embargo, con esa fecha vió ascendidos á generales, por cima de los que S. M. ascendió con motivo de aquellos sucesos, á los que combatieron en Vicálvaro al lado de S. S. Con una circunstancia más, y es que en la *Guía* de 1855 el señor general Dulce está ascendido á teniente general con fecha 30 de Julio, y en las *Guías* posteriores aparece ya en 30 de Junio, diez y siete días antes de que S. M. admitiera la dimisión del Gobierno que entonces regía los destinos del país. ¿Con qué derecho se atribuye el señor duque de Tetuan la regía prerrogativa? ¿Me contestará S. S., como un oficial de secretaría, que se anticipó la fecha por una fórmula cancelleresca? No; lo que hay es que S. S. quiere siempre que todo se le someta.

Pero hay más: aparecen brigadieres hechos el día 28 de Junio, y se ha tenido buen cuidado de ponerlos encima de los brigadieres que permanecieron fieles al Gobierno constituido. ¿Tengo ó no razón para llamar *lujo* el que ha desplegado su señoría en ciertas medidas? Yo paso de buen grado porque S. S. hiciera lo que fuera necesario; pero para que lo que dice el Sr. Posada Herrera sea verdad, lo primero que se necesita es abnegación.

Si el señor duque de Tetuan hubiera aguardado á ganar su tercer enforcado entre los muros de la ciudad cuyo nombre lleva, S. S. hubiera dado un altísimo ejemplo. ¿Por qué no lo hizo así S. S.? ¿Por qué enseñó al soldado á esperar años de rebaja por tomar parte en esos movimientos? Esta conducta ha traído consigo que el terreno se esté abriendo bajo sus plantas, y que todo amenace hundirse en el abismo. No; en estas circunstancias S. S. no puede servir bien á su Reina y á su patria; desoiga S. S. á los que lo dicen que sea como el centro de un sistema planetario, á cuyo rededor giren los demás astros; no crea S. S. lo que se dice de que las doctrinas no son patrimonio de ningún partido. ¿Pues no lo han de ser! Lo indicaba bien explícitamente nuestro dignísimo presidente cuando ridiculizaba esa política, citando aquellos versos:

Dijo uno: pese á quien pese  
Yo soy de ese parecer.  
Dijo otro: no puede ser;  
Y dijo él: también soy de ese.

La serie de hechos que he citado, demuestra que el señor duque de Tetuan, en su manera especial de ver las cosas propias y ajenas, había incurrido en tristísimos errores completamente innecesarios: he prometido demostrar que seguía incurriendo en ellos; pero olvidé que entre los de fecha algo atrasada hay dos importantísimos.

De uno de ellos se hace relación en una nota que se me entregó por un general respetable el año 1857 ó 58; voy á leer esta nota, que no es larga, y si los hechos ó los pormenores en ella referidos son desmentidos por el señor duque de Tetuan, yo admito la refutación; pero creo que es verdad cuanto en la nota se dice; no creyéndolo, no la leería.

Tres capitanes y dos tenientes del regimiento de infantería de Estremadura trataron de sacar sus compañías para unirse á las demás fuerzas sublevadas, al amanecer del 28 de Junio de 1854. El capitán D. Miguel Fernandez, que se opuso al movimiento, fué herido de un pistoletazo por uno de los capitanes sublevados; pero pudo salvarse, le impidió que saliera la fuerza, por un cabo llamado D. Miguel Fernandez y algunos soldados.

Los oficiales insurrectos se fugaron abandonando sus banderas. S. M. la Reina concedió al capitán el empleo de segundo comandante, y al cabo el grado de subteniente, poniéndole S. M. misma la charretera en el salón del Prado el día 29 á vista de la guarnición de Madrid.

Cuando triunfó la revolución estas gracias fueron anuladas; y si se rehabilitó al capitán, no así la del cabo, á quien se le dio la licencia absoluta, y cuyo mérito es tal, que habiendo vuelto á sentar plaza fué nombrado cabo á los cuatro meses por elección, y sargento segundo por mérito de guerra.

Uno de los primeros actos del general O'Donnell al entrar en el poder, fué anular las gracias concedidas á los oficiales y jefes que habían sido fieles, sujetando á este decreto aun á los que las habían recibido por méritos particulares.

En contraposición de eso, señores, el día 17 de Julio de 1854 se sublevó en San Sebastián el regimiento de infantería de Borbon, poniéndole al frente un comandante del mismo, hoy brigadier. El brigadier que lo mandaba, Sr. Gasset, fué preso por un cabo llamado Cuba, que iba acompañado de una turba de soldados ebrios, y á quien por este hecho se le dio el empleo de subteniente.

¿Cree el señor duque de Tetuan que el ejército no sabe de memoria todos estos hechos? Pues los sabe, y cuando una vez ha llegado la cuestión al terreno de la fuerza, al señor duque de Tetuan le imposibilitan esta serie de hechos y esta persistencia en ellos. Y sin embargo, S. S. no quiere empujarse: hace ocho días en la *Gaceta* han aparecido vacantes ocho fajas de generales; cuatro debían cubrirse con brigadieres. Yo no tengo nada que decir de las personas agraciadas; pero el señor duque de Tetuan que tenía cuatro combinaciones en su mano, ¿por qué pone á una persona de

S. S., desde que fué Gobierno, reorganizó y volvió su nombre al regimiento de infantería de Córdoba, sublevado en Febrero de 1854. ¿Fue la sublevación de aquel regimiento una revolución política de las que absuelve el Sr. Posada Herrera? No; fué una rebelión sin bandera conocida y sin éxito. Pues no hubo eso sólo, sino que aquel desgraciado brigadier, coronel del regimiento, que murió en las calles por aquel acto, ha sido después considerado como general por el señor duque de Tetuan. Su viuda ha disfrutado la viudedad de general, ¿cómo si su esposo hubiera muerto en campaña! Yo me alegro de que si tiene hijos disfruten de ese beneficio; pero no se trata aquí de los particulares, sino de los actos de un Gobierno. ¿Con qué autoridad moral borra hoy este Gobierno los nombres de Calatrava y de Bailén? ¿Por qué? Si su señoría pudiera invocar algún gran principio, nada tendría yo que decir; pero, ¿qué necesidad teníamos de haber reorganizado en otro tiempo un regimiento sublevado, sin que se sepa por qué ni para qué?

El día 30 de Junio de 1854, ¿quién era Gobierno en España? ¿Lo era el general O'Donnell? No. Pues sin embargo, con esa fecha vió ascendidos á generales, por cima de los que S. M. ascendió con motivo de aquellos sucesos, á los que combatieron en Vicálvaro al lado de S. S. Con una circunstancia más, y es que en la *Guía* de 1855 el señor general Dulce está ascendido á teniente general con fecha 30 de Julio, y en las *Guías* posteriores aparece ya en 30 de Junio, diez y siete días antes de que S. M. admitiera la dimisión del Gobierno que entonces regía los destinos del país. ¿Con qué derecho se atribuye el señor duque de Tetuan la regía prerrogativa? ¿Me contestará S. S., como un oficial de secretaría, que se anticipó la fecha por una fórmula cancelleresca? No; lo que hay es que S. S. quiere siempre que todo se le someta.

Pero hay más: aparecen brigadieres hechos el día 28 de Junio, y se ha tenido buen cuidado de ponerlos encima de los brigadieres que permanecieron fieles al Gobierno constituido. ¿Tengo ó no razón para llamar *lujo* el que ha desplegado su señoría en ciertas medidas? Yo paso de buen grado porque S. S. hiciera lo que fuera necesario; pero para que lo que dice el Sr. Posada Herrera sea verdad, lo primero que se necesita es abnegación.

Si el señor duque de Tetuan hubiera aguardado á ganar su tercer enforcado entre los muros de la ciudad cuyo nombre lleva, S. S. hubiera dado un altísimo ejemplo. ¿Por qué no lo hizo así S. S.? ¿Por qué enseñó al soldado á esperar años de rebaja por tomar parte en esos movimientos? Esta conducta ha traído consigo que el terreno se esté abriendo bajo sus plantas, y que todo amenace hundirse en el abismo. No; en estas circunstancias S. S. no puede servir bien á su Reina y á su patria; desoiga S. S. á los que lo dicen que sea como el centro de un sistema planetario, á cuyo rededor giren los demás astros; no crea S. S. lo que se dice de que las doctrinas no son patrimonio de ningún partido. ¿Pues no lo han de ser! Lo indicaba bien explícitamente nuestro dignísimo presidente cuando ridiculizaba esa política, citando aquellos versos:

Dijo uno: pese á quien pese  
Yo soy de ese parecer.  
Dijo otro: no puede ser;  
Y dijo él: también soy de ese.

La serie de hechos que he citado, demuestra que el señor duque de Tetuan, en su manera especial de ver las cosas propias y ajenas, había incurrido en tristísimos errores completamente innecesarios: he prometido demostrar que seguía incurriendo en ellos; pero olvidé que entre los de fecha algo atrasada hay dos importantísimos.

De uno de ellos se hace relación en una nota que se me entregó por un general respetable el año 1857 ó 58; voy á leer esta nota, que no es larga, y si los hechos ó los pormenores en ella referidos son desmentidos por el señor duque de Tetuan, yo admito la refutación; pero creo que es verdad cuanto en la nota se dice; no creyéndolo, no la leería.

Tres capitanes y dos tenientes del regimiento de infantería de Estremadura trataron de sacar sus compañías para unirse á las demás fuerzas sublevadas, al amanecer del 28 de Junio de 1854. El capitán D. Miguel Fernandez, que se opuso al movimiento, fué herido de un pistoletazo por uno de los capitanes sublevados; pero pudo salvarse, le impidió que saliera la fuerza, por un cabo llamado D. Miguel Fernandez y algunos soldados.

Los oficiales insurrectos se fugaron abandonando sus banderas. S. M. la Reina concedió al capitán el empleo de segundo comandante, y al cabo el grado de subteniente, poniéndole S. M. misma la charretera en el salón del Prado el día 29 á vista de la guarnición de Madrid.

Cuando triunfó la revolución estas gracias fueron anuladas; y si se rehabilitó al capitán, no así la del cabo, á quien se le dio la licencia absoluta, y cuyo mérito es tal, que habiendo vuelto á sentar plaza fué nombrado cabo á los cuatro meses por elección, y sargento segundo por mérito de guerra.

Uno de los primeros actos del general O'Donnell al entrar en el poder, fué anular las gracias concedidas á los oficiales y jefes que habían sido fieles, sujetando á este decreto aun á los que las habían recibido por méritos particulares.

En contraposición de eso, señores, el día 17 de Julio de 1854 se sublevó en San Sebastián el regimiento de infantería de Borbon, poniéndole al frente un comandante del mismo, hoy brigadier. El brigadier que lo mandaba, Sr. Gasset, fué preso por un cabo llamado Cuba, que iba acompañado de una turba de soldados ebrios, y á quien por este hecho se le dio el empleo de subteniente.

¿Cree el señor duque de Tetuan que el ejército no sabe de memoria todos estos hechos? Pues los sabe, y cuando una vez ha llegado la cuestión al terreno de la fuerza, al señor duque de Tetuan le imposibilitan esta serie de hechos y esta persistencia en ellos. Y sin embargo, S. S. no quiere empujarse: hace ocho días en la *Gaceta* han aparecido vacantes ocho fajas de generales; cuatro debían cubrirse con brigadieres. Yo no tengo nada que decir de las personas agraciadas; pero el señor duque de Tetuan que tenía cuatro combinaciones en su mano, ¿por qué pone á una persona de

S. S., desde que fué Gobierno, reorganizó y volvió su nombre al regimiento de infantería de Córdoba, sublevado en Febrero de 1854. ¿Fue la sublevación de aquel regimiento una revolución política de las que absuelve el Sr. Posada Herrera? No; fué una rebelión sin bandera conocida y sin éxito. Pues no hubo eso sólo, sino que aquel desgraciado brigadier, coronel del regimiento, que murió en las calles por aquel acto, ha sido después considerado como general por el señor duque de Tetuan. Su viuda ha disfrutado la viudedad de general, ¿cómo si su esposo hubiera muerto en campaña! Yo me alegro de que si tiene hijos disfruten de ese beneficio; pero no se trata aquí de los particulares, sino de los actos de un Gobierno. ¿Con qué autoridad moral borra hoy este Gobierno los nombres de Calatrava y de Bailén? ¿Por qué? Si su señoría pudiera invocar algún gran principio, nada tendría yo que decir; pero, ¿qué necesidad teníamos de haber reorganizado en otro tiempo un regimiento sublevado, sin que se sepa por qué ni para qué?

El día 30 de Junio de 1854, ¿quién era Gobierno en España? ¿Lo era el general O'Donnell? No. Pues sin embargo, con esa fecha vió ascendidos á generales, por cima de los que S. M. ascendió con motivo de aquellos sucesos, á los que combatieron en Vicálvaro al lado de S. S. Con una circunstancia más, y es que en la *Guía* de 1855 el señor general Dulce está ascendido á teniente general con fecha 30 de Julio, y en las *Guías* posteriores aparece ya en 30



mucha significación al lado de S. S., en la vacante que procede de la exoneración del general Contreras. (Murmulló.)

El Sr. PRESIDENTE: Orden: ruego a los señores diputados que no interrumpen al orador.

El señor conde de SAN LUIS: ¿Creeis los que me interrumpen que eso no significa nada? Pues a mí me parece que significa mucho.

El Sr. PRESIDENTE: Sirvase V. S. dirigirse al Congreso; a los diputados en particular se dirige el Presidente, que es el que tiene derecho de hacerlo y usa de él oportunamente.

El señor conde de SAN LUIS: Las interrupciones que he oído me dan a entender que hay algunos que conceden a ciertas personas un privilegio para sublevarse y para hacer cuanto quieran en el terreno de la ilegalidad y de la imprudencia. (Murmulló.) Eso quieren decir las interrupciones...

El Sr. PRESIDENTE: Orden. Ruego al orador que pese sus palabras, y que conservando la misma libertad amplísima que yo le mantengo, y de que ha usado durante cuatro horas, repare en la forma y manera de su discurso; así como ruego a los señores diputados que le interrumpen, que mirando al respeto de este lugar y a la fuerza de la justicia que les asista, y que será expuesta cumplidamente, no den la señal de debilidad de creer que las objeciones que se dirigen a sus opiniones y a sus convicciones, necesitan ser acalladas sino por la razón y por la fuerza de la razón. (Bien, bien.) Espero, pues, el silencio de los dos lados de la Cámara y el respeto al derecho del orador, y del orador el respeto a los deberes que le impone su posición en esta Cámara y en este momento.

El señor conde de SAN LUIS: Yo doy gracias a S. S. por esas advertencias. Yo estoy exponiendo una serie de consideraciones en las que, si no tengo razón, con ser contestado seré confundido. Yo no insulto a nadie; no digo hechos falsos; salvo todas las intenciones. ¡Ojalá vosotros me hubierais tratado así, contentándoos con confundirme con el poderoso peso de vuestras razones! Si hoy no la tengo, el Gobierno me lo hará ver así, y el país no juzgará a todos.

Yo he creído, señores, una cosa de importancia un hecho que a los ojos del señor duque de Tetuán no la tiene. ¿Es este motivo para... No quiero concluir, porque ya ha dicho el señor presidente lo que ha creído conveniente en su clarísimo talento y en su elevada posición...

El Sr. PRESIDENTE: Pues por eso no debe seguir V. S. ni la frase ni el asunto de este incidente, sino el curso de su peroración.

El señor conde de SAN LUIS: Continuando en mi discurso, diré al señor duque de Tetuán, que si cree que está reprimiendo la rebelión con la legalidad, está en un error. ¿En qué ley está el estado de sitio? El estado de sitio es un estado legal: eso ya lo discutiremos; pero entretanto, no cesaré de repetiros que ese estado no está en ninguna ley; que es un estado de guerra, y que no hay guerra en ninguna parte de la nación.

Me diréis que estáis amenazados; pero, ¿no teneis las Cortes abiertas? Por qué no pedis la suspensión de las garantías constitucionales? ¡Oh! es muy cómodo venir a ciencia y paciencia de las Cortes a suspender las leyes, y a tenerlas suspensas hasta que el marqués de los Castillejos desista de su empeño! No nos habéis, pues, de legalidad, porque no podéis blasonar de ella, como de nada de lo que habéis prometido. Dijisteis que tendríais las Cortes abiertas, la imprenta libre, y que gobernaríais sin estados de sitio. Es cierto que las Cortes están abiertas; pero, ¿no teneis cerrado el libro de la Constitución? ¿Qué habéis hecho respecto a lo demás?

Creo que he demostrado la clase de gobierno que tenemos en España, y que tal vez lo que hoy dice mi voz, lo dirán dentro de poco otras que saldrán de esos bancos, en los cuales habrá personas que tomen la actitud que tomó el señor ministro de Estado no há mucho en la cuestión de Méjico, la que tomaron el señor ministro de la Gobernación cuando la paz de Yadrás, el señor ministro de Ultramar cuando calificó la política de la Unión liberal de pan-liberalismo, y el señor ministro de Hacienda en todos sus discursos y en todos los tonos. No aguarde S. S. a que se lo digan la revolución y la indiferencia de los enemigos de la revolución.

Francia se durmió un día monárquica, y amaneció al siguiente republicana. ¿Por qué? Porque la indiferencia derribó aquella monarquía. S. S. aplica a todas las cuestiones paliativos, y el país necesita medidas energéticas que vosotros no podéis tomar. Ya habéis oído, señores diputados, las economías que podréis esperar; es claro que el señor duque de Tetuán no puede prometer economías en el ejército, porque es menester reorganizarle de un modo que sea más afecto al señor duque de Tetuán que hoy lo es.

Es menester que aquí gobiernen partidos que tengan una serie de ideas que la sabiduría de la Corona encuentre aceptables para la gobernación del país, no la fuerza, ni el eclecticismo, o mejor dicho, el escepticismo del Sr. Posada Herrera. Aquí necesitamos que vuelvan al terreno legal todos los partidos, y con este Gobierno ni han vuelto ni volverán. Es menester vencer por la fuerza cuando con la fuerza se ataca; pero esto no puede hacerse sino fundándose en las ideas.

No concluiré sin decir al Gobierno que al contestarme sea algo más explícito que lo fué ayer acerca de la continuación del estado de sitio. Nosotros y nuestros generales nos hemos ofrecido al Gobierno en estas circunstancias, y el Gobierno no ha admitido nuestros servicios; pero en cambio ha ocupado a algunos generales en comisiones que no eran las más propias para ellos. Yo lo hizo también S. S. en Africa, donde vió el funestísimo ejemplo de ir a mandar un ejército a las playas enemigas, pudiendo ocasionar con esta conducta el conflicto de que si S. S. hubiera sido derrotado, hubiera sido preciso cambiar el general en jefe de aquel ejército, cambiar toda la política del país.

Así es que la nación no puede menos de decir que la Unión liberal lo quiere todo por ella y para ella. ¿Por qué en estas circunstancias han ido a perseguir a los enemigos del Trono y de la regía prerrogativa el señor ministro de Marina y el di-

rector general de ingenieros, arrancándolos a sus despachos, sobre todo al primero, cuando tales complicaciones experimentamos en el Pacífico? ¿Para qué paga el país tantos dignísimos generales como tienen enavainada su espada contra su voluntad, si ha de suceder esto siempre?

No quiero hablar más sobre la cuestión de la última sublevación, porque me reservo hacerlo cuando pueda traer ciertos datos; pero el Gobierno está siguiendo una conducta que si fuera la del partido moderado, daría lugar a muchísimas exclamaciones; yo por ahora diré a los señores ministros que se dignen oír mi voz, y que bajen tranquilamente del Capitolio. En cuanto a vosotros, señores diputados, yo os diré una cosa que ya os he dicho otras veces. Yo comprendo a Colon, pero no comprendo a los que le siguieron: nuestro querido compañero el Sr. Campoamor, en un poema que ha cantado a aquel hombre eminente, nos ha dicho:

«¿A dónde vais? A donde nadie ha ido.»

No hagáis vosotros esto en política; no sigáis rumbos desconocidos, porque la política es como los ríos: *viridis aquilivir unda*, y para pasar a la orilla opuesta, hay que ir o por el vado o por la puente.

He dicho.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: No voy a contestar al discurso del señor conde de San Luis, porque eso lo hará mi digno compañero el señor ministro de Ultramar. Yo no voy más que a decirlos por qué no le contesto. No sé, señores, la impresión que habrá producido en vosotros el discurso de S. S. Yo, al oírle, creía que, ó no habían pasado doce años desde ciertos sucesos, ó que S. S. entraba por primera vez aquí desde entonces. Yo tuve la parte que todos saben en los sucesos de 1854; en 1857, no siendo Gobierno, espuse mi conducta en aquellas circunstancias, y declaré que no volvería a ocuparme de ella. Hecho esto, no debo hacer otra cosa sino dejar que la historia me juzgue, y no diré una palabra más. Estoy juzgado por la Corona y por el país, pues que tengo la confianza de la una y la de la mayoría de los representantes del otro. La historia nos juzgará a S. S. y a mí; espéremos tranquilos su fallo.

Un consejo daré a S. S. No se preocupe de lo que yo pienso, ni de lo que piensan mis amigos. Preocúpese de lo que han pensado y hecho S. S. y sus amigos, y recuérdele las protestas que uno de los hombres más importantes del partido moderado ha hecho cuando S. S. ha hablado en la última legislatura.

El señor ministro de ULTRAMAR: Pido la palabra.

El señor conde de SAN LUIS: Señor presidente, pido la palabra para rectificar.

El Sr. PRESIDENTE: El señor ministro de Ultramar la ha pedido antes, y como S. S. sabe perfectamente, el reglamento le concede la preferencia.

El señor ministro de ULTRAMAR: No cedo en este momento la palabra al señor conde de San Luis, en primer lugar, porque S. S. puede rectificar mañana, y en segundo, porque S. S. ha dicho cosas que deben ser contestadas en esta misma sesión; y como es muy tarde, no puedo yo desaprovechar el tiempo que me queda para darles la réplica que reclaman.

Habiendo pasado las horas de reglamento, y previa la oportuna pregunta, el Congreso acordó prorogar la sesión.

El señor ministro de ULTRAMAR: Dos partes, señores, esencialmente distintas, tiene el discurso del señor conde de San Luis. Una que se refiere a los actos del Gobierno que por la confianza de S. M. ocupa este banco. La refutación de estos cargos es fácil, aunque necesariamente, por la forma del discurso de S. S., tiene que ser un poco larga.

Hay otra parte que no se refiere a la política del actual Gabinete, sino a actos anteriores de alguno de sus individuos, y esta parte es importantísima y más fácil aún de contestar que la otra, es la que va a ocuparme a mí por el momento, empezando por declarar que ya han aliviado mucho mi trabajo las breves pero elocuentes palabras del señor presidente del Consejo de ministros.

¿Cuán distinta, señores, no era la impresión que quedé ayer en este recinto, de la que ha supuesto el señor conde de San Luis!

Habíais oído las palabras llenas de espíritu liberal del señor presidente del Consejo. Había oído también estas palabras un representante del partido progresista, que aun teniendo en cuenta sus deberes políticos, todavía tuvo ayer la reserva y el patriotismo de no querer envenenar ciertas cuestiones, de no suscitar otras en el estado actual del país. A esta conducta quiso responder el señor presidente del Consejo con frases hidalgas para el vencido, y de esperanza para el porvenir.

Yo comprendo que si el conde de San Luis traía ya en los antros de su talento el discurso de ayer, no pudiera aplaudir las frases que cambiaron el señor duque de Tetuán y el Sr. Figuerola; pero las aplaudió la mayoría de la Cámara.

Este estado de cosas era el que el señor conde de San Luis tenía delante al comenzar su discurso de hoy, y por eso empezó diciendo que no venía a traer aquí su personalidad. Pero la ilusión pasó, y aquí se han discutido los odios profundos retrastados de una sola persona.

Y bien, señores; ¿no es verdad que aun antes de que el señor presidente del Consejo lo recordara hoy, a todos ha ocurrido preguntar por qué en estos momentos, cuando después de doce años, ha creído conveniente el conde de San Luis traer a discusión ciertos hechos? ¿Es que no teme hoy que caigan sobre su cabeza las excomuniones de otras veces? Creo que se equivoca; creo que si dice aquí que es jefe y bandera del partido moderado, casi todos los que aquí se llaman moderados se levantarán a protestar.

¿Es que S. S., que después de haber estado aquí cinco años, no ha dirigido tales ataques ni tampoco los ha dirigido cuando la última administración del duque de Valencia, los dirige hoy porque no ve aquí al Sr. Castro, ni al Sr. González Bravo, diputados ilegalmente perseguidos en el ministerio de S. S.? Aunque no estén, no

faltan otros, y muy considerables, ante quienes S. S. ha guardado otras veces silencio.

¿No recuerda S. S. que cuando en 1857 hubo algún indicio de que pensase abordar la cuestión, un diputado inminente lanzó a S. S. el anatema de que el movimiento del 54 había sido unánime y nacional, y que ante tales movimientos, la mejor conducta de los hombres públicos era el silencio? ¿Por qué entonces no se levantó con el empuje de hoy? ¿Será por ventura que crea S. S. ventajoso a los intereses públicos que se ventilase en los instantes en que más acalorada ha estado en nuestro país la discordia? En momentos en que dignos representantes de partidos avanzados guardan un noble silencio, alguno que se titula conservador cree que es la ocasión de provocar una cuestión de esa naturaleza! En esa creencia nadie acompaña a S. S. Todos creen que esa tendencia a introducir la división en las filas del ejército no es patriótica. Todos creen poco patriótico atacar a un digno general que sirve al país a miles de leguas de la patria y durante una guerra extranjera, cuando por espacio de cinco años se ha guardado silencio.

No creo necesario extenderme sobre estos hechos, porque los sentimientos de que me hago intérprete en este momento sé que han de encontrar en vosotros el eco que apetezco.

Pero si no ha podido ser el intento del señor conde de San Luis el satisfacer sus antiguas pasiones personales, ¿cuál es el que le ha movido a hablar hoy como lo ha hecho? S. S. sostiene que un Gobierno como el actual, compuesto de hombres que en aquellas circunstancias fueron enemigos de S. S., no tiene la fuerza moral necesaria para salvar el orden y los altos intereses que le están encomendados. ¿Con qué autoridad, dice su señoría, quiere reprimir este Gobierno a los perturbadores después de haber hecho esto y esto?

El señor conde de SAN LUIS: Si el señor ministro me lo permite, rectificaré un error en que incurro.

El señor ministro de ULTRAMAR: Se trata de palabras que todos han comprendido de tal manera, que no necesitan rectificación. Si S. S. no ha dicho eso con intención, el caso es que lo ha dicho, y yo necesito rectificarlo.

¿Qué se proponía S. S.? ¿Se proponía demostrar que desde 1808, en que comenzaron nuestras discordias, no había aquí nadie que tuviera el derecho de defender la monarquía y los grandes intereses sociales? ¿Que porque hay ciertos nombres ilustres en esas lápidas por hechos que ha sancionado la historia, no había aquí quien pudiese defender la monarquía? Sería preciso entonces excluir a los que defendieron en 1808 el principio de nuestras libertades; en 1814 el restablecimiento del principio absolutista; sería preciso excluir a los hombres de 1820, a los hombres de Sevilla, a los de 1841, a los de 1845, a casi todos los españoles, ¿para qué? Para que no quedara de pie sino el desgraciado ministro que el 17 de Julio de 1854 tuvo que refugiarse en una legación extranjera, dejando abandonados los intereses de la monarquía. ¡Triste monarquía si no tuviera otros defensores! Por fortuna los tiene y más felices que su señoría.

Ha dicho S. S. que no quería entrar en el examen de aquellos acontecimientos: pero no lo ha cumplido. ¿De qué le queda ya que hablar que pueda ser peligroso y candente? Ha hablado de todo; y haciéndolo, nos ha dado el derecho (que no usaremos sino en caso de gran necesidad) de examinar toda la historia. Si se habla de un hecho, ese hecho tuvo antecedentes, y habrá que examinarlos.

¿Se quiere que examine yo aquí la conducta de S. S. desde la formación de los comités, hasta el día de hoy? ¿Se quiere que examine yo aquí la administración de S. S.? ¿Se quiere que evoque la memoria de los hechos que ocurrieron desde la votación de los 105, hasta los cargos de piedra? Yo creo que la discusión de esto no es conveniente a los intereses públicos. Yo rechazo en nombre del Gobierno la responsabilidad de semejante debate; pero si S. S. lo quiere, a él iremos.

¡Y qué espectáculo, señores! Rodeados de dificultades, ansioso el país de que se voten las leyes necesarias al crédito y a las grandes mejoras, retroceder a la historia triste de hace diez ó doce años arrojándonos mutuamente sus pedruzcos como proyectiles! Nosotros, que estamos aquí por la confianza de la Corona y el apoyo de las Cortes, nos creemos con toda la autoridad y prestigio necesarios para salvar los grandes intereses de nuestro cuidado. Esta es la tesis que yo opongo a la de S. S. Y no sólo lo creemos porque tengamos el valor necesario de morir en nuestro sitio, (y algo es morir en su puesto cuando se empeñan ciertas palabras decisivas), sino porque contamos también con que nuestra política es la única que puede asegurar el orden público con la libertad.

Confiamos en nuestras doctrinas, y en el apoyo que por su aplicación leal nos ha de dar el país, cuya opinión representamos. Cuando se cuenta con esto; cuando no se tiene la desgracia de merecer censura de las grandes mayorías conservadoras del país, se puede tener la seguridad de salvar los grandes intereses sociales y monárquicos.

Estamos aquí con nuestros principios: con los mismos que hemos proclamado en la oposición. ¿Y qué ha dicho S. S. contra la política del Gobierno? Una cosa que de persona tan experta no hubiera esperado oír. S. S., que ha sido Gobierno bastante tiempo, que habla como moderado, ¿ha podido decirnos con justicia y prudencia que hay que empezar a plantear en España el Gobierno representativo, lo cual equivale a decir que nunca se ha planteado? ¿Pueden los hombres del partido moderado aceptar este fallo del señor conde de San Luis? Si esto fuera cierto, ¿qué más quisieran los autores y cómplices de la rebelión militar? Si la Constitución que rije no hubiera comenzado a cumplirse aún, ¿no tendrían, hasta cierto punto una justificación de lo que hacen? ¿No les da S. S. con esas palabras una bandera?

¿Por qué dice S. S. que el régimen representativo no existe en España? ¿Por qué no alternan todos los partidos en el poder? ¿Por qué no les ha dejado alternar S. S.? ¿Por qué desde 1845 hasta 1854 no ha hecho S. S. lo posible por dar el poder a los progresistas? Es que SS. SS. voluntariamente obstruyen el régimen representativo? Seguro estoy de que los muchos hombres

que hay en esta Cámara que pertenecieron al gran partido moderado, contradecirán a S. S. Lo que nosotros sostenemos es que el partido progresista no ha podido nunca organizarse en España con las condiciones necesarias para ejercer el poder. Por eso no lo ha ejercido ni lo ejercerá. ¿Cree S. S. que está en manos de nadie el organizar el juego de los partidos constitucionales? ¿Sabe si este juego ha existido siempre y en todas partes? La historia enseña que esa alternativa de los partidos no siempre puede darse. ¿De cuándo acá es necesaria la sucesión de los partidos en el poder para que pueda subsistir el régimen representativo? ¿Qué alternativa ha habido en Francia durante la dinastía de Orleans? ¿Qué sucesión de partidos ha habido en Inglaterra? El partido whig ha gobernado allí cuarenta años continuos; ¿y podría decirse por eso que no ha existido allí el Gobierno representativo?

Lo que pasa en España ha sucedido en otras partes, y sucederá hasta que, aceptando todos una Constitución y leyes orgánicas comunes, la alternativa de los partidos no signifique una anarquía administrativa o pública. No hay, pues, motivo para que S. S. haya dado a los que han acudido, y quieren acudir aun a las armas, semejante lema para su bandera.

Peró si existe entre nosotros el régimen representativo, ¿tiene derechos este Gobierno para ocupar el poder? ¿Qué títulos exige para ello S. S.? Ha hablado de misterios respecto de lo que precedió a la caída del Gabinete del duque de Valencia. Nosotros no sabemos misterio alguno. Si S. S. los conoce, a él toca el manifestarlos. Hemos tremolado lealmente nuestra bandera en frente de un Gobierno moderado; aquel ministerio, por causas ajenas a nosotros, desapareció del poder, y nosotros lo aceptamos a condición de consultar el país. Si el país nos ha respondido ó no, se verá sobre todo cuando se vote la política del Gobierno.

Hay más: el advenimiento de este ministerio estaba tan de acuerdo con los intereses públicos, que no tuvimos inconveniente en presentarnos ante el Congreso elegido en la administración del duque de Valencia, y ese Congreso nos dió su apoyo. De modo que aun dado caso que siempre hubiesen de salir de la mayoría del Parlamento los ministerios, seríamos nosotros un ministerio, no sólo constitucional, sino parlamentario.

Entre las sorpresas que el discurso del conde de San Luis ha podido producirme, pocas han sido mayores que las que me han causado sus palabras al hablar de ciertos actos de este ministerio.

S. S. dice que hemos transigido con los progresistas, sin duda aludiendo a la ley electoral. ¿Era S. S. contrario a los principios de esa ley? Pues S. S. la votó; ¿cómo, pues, puede acusarnos de transacciones, cuando hacemos leyes que votó su señoría mismo? ¿Y fuera de la Constitución del Estado, ¿hay algo más grave que la ley electoral? Y si nosotros, obedeciendo a una tendencia de la opinión en esta materia propusimos esa ley, ¿en nombre de quién y con quién votó S. S. esa ley misma?

Cuando se reconoce, como ha reconocido S. S., que no son indignos personalmente de sentarse en este banco los que le ocupan; cuando no se ataca a un Gobierno por su composición, sino porque no tiene detrás, como S. S. supone, un partido, hay que oponer a ese partido que S. S. cree que no lo es, la imagen de un partido que lo sea y que tenga más títulos al poder.

Y es buena manera de presentarlo pintando al partido progresista en rebelión y reconociendo, como reconoce S. S., que en el moderado hay tal confusión de doctrina que puede S. S., sin dejar de ser moderado, votar la misma ley electoral que hemos propuesto, y que suponía S. S. habíamos presentado como transacción con el partido progresista?

Dice S. S. que el partido moderado está desheredado. No está desheredado el partido moderado. ¿Hablar de desheredados! ¿quién? ¿El partido que de 1845 a 54 gobernó sin interrupción; que desde 1856, al lado de dos solos ministerios de unión liberal, ha tenido: el primer ministerio del duque de Valencia; el ministerio Isturiz; el ministerio Arrazola; el segundo del duque de Valencia, y dos ministerios de transacción y de transición en los cuales no se reputaba a los moderados por enemigos?

¿Se ha hecho poco con llamar tantas veces seguidas a los consejos de la Corona al partido moderado? Si después este partido no ha podido desempeñar el poder, ¿se ha de hacer coro con los órganos más intransigentes del partido progresista, diciendo que hay aquí partidos desheredados? No ha medido S. S. la exactitud ni la gravedad de sus palabras.

Me parece que el Congreso está fatigado, y si el señor presidente gusta, suspenderé mi discurso hasta mañana.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión. Orden del día para mañana: la discusión pendiente y los dictámenes que están sobre la mesa.

Se levanta la sesión.

Eran los siete y media.

## PARTE RELIGIOSA.

SANTO DEL DIA. San Lucio, Obispo y mártir.—No se puede comer carne.

SANTOS DE MAÑANA. San Emeterio y San Celedonio, mártires.—Anima.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Jesús Nazareno, donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde ejercicios y reserva.

En la capilla del Santísimo Cristo de la Salud se celebrará una solemne función a su divino titular Jesús Crucificado: a las diez y media será la Misa mayor con manifiesto y sermón, que predicará don Basilio Sanchez Grande.

Continúan por la tarde las Misiones en las monjas de San Plácido, y por la noche en San Luis y en San Martín.

Por la noche habrá ejercicios con sermón, que predicarán: en el colegio de los Doctrinos, D. Benito Romero; en la bóveda de San Ginés, D. Juan Guerra; en Santa Catalina de los Donados, D. Gregorio de Diego Megia; en Italianos, D. Pedro Gar-

cía; en Monserrat, D. Francisco Aguilar, y en Nuestra Señora de Gracia, D. Luis Crespo Peñalver; en esta iglesia se cantará el *Miserere*.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora del Buen Consejo, en San Isidro ó en San Marcos.

Se reza de San Emeterio y San Celedonio, mártires, con rito doble y color encarnado, haciéndose conmemoración de la Feria.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

Por Real orden de 26 de Febrero se confirma otra de 30 de Setiembre de 1861 declarando incompatible el cargo de concejal con otro cualquiera retribuido de fondos municipales.

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 1.º de Marzo de 1866.

HORAS.	Barómetro reducido a 0' en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	ESTADO del cielo.
		Ream.	Centig.		
6 m.	689,90	3,4	5,9	S.	Cubierto.
9 m.	690,97	4,9	6,1	S.	Casido.
12 m.	691,69	6,9	8,6	S. O.	Nubes.
5 t.	690,60	7,2	9,0	S. O.	Cubierta.
6 t.	690,76	4,5	5,6	S.	Idem.
9 n.	690,72	4,5	5,8	S.	Lluvia.

Temperatura máxima del día. 8,0 10,4  
Temperatura máxima al sol. 10,2 12,8  
Temperatura mínima del día. 2,2 2,7

Evaporación en las 24 horas. 5,4 milímetros.  
Lluvia en id., id. 5,8 id.

## MERCADOS.

Entrado por las puertas en el día de ayer.

3,084 arrobas de trigo.  
1,499 idem de harina.  
7,856 idem de carbon.  
159 vacas, que componen 72,071 libras de peso.  
458 certeros, que hacen 10,145 libras de peso.  
566 cerdos degollados ayer, que hacen 55,520 libras de peso.

Precios de artículos al por mayor y menor.

Carne de vaca, de 4-900 a 5-200 escudos arroba, y de 0-260 a 0-506 libra.  
Idem de certero, a 0-294 escudos libra.  
Idem de ternera, de 9 a 9-800 escudos arroba, y de 0-500 a 0-600 libra.  
Despojos de cerco, de 0-200 a 0-256 libra.  
Tocino afezo, de 9 a 9-400 escudos arroba, y de 0-400 a 0-450 libra.  
Idem fresco, a 0-350 escudos libra.  
Idem en canal, de 6-500 a 6-800 escudos arroba.  
Jamón, de 12-400 a 13-400 escudos arroba, y de 0-600 a 0-700 libra.  
Aceite, de 6-600 a 6-900 escudos arroba, y de 0-250 a 0-260 libra.  
Vino, de 4 a 4-600 escudos arroba, y de 0-118 a 0-140 cuartillo.  
Garbanzos, de 4-400 a 6-400 escudos arroba, y de 0-190 a 0-234 libra.  
Arroz, de 5 a 5-800 escudos arroba, y de 0-418 a 0-610 libra.  
Lentejas, de 1-900 a 2-500 escudos arroba, y de 0-096 a 0-118 libra.  
Carbon, de 0-750 a 0-800 escudos arroba.  
Jabón, de 6-500 a 6-800 escudos arroba, y de 0-256 a 0-260 libra.  
Patatas, de 0-700 a 0-800 escudos arroba, y de 0-050 a 0-042 libra.

Precios de granos en el mercado.

Cebada, de 2-100 a 2-450 escudos fanega.  
Algarroba, a 2-200 id. id.  
Trigo vendido, 2532 fanegas.  
Precio máximo. 4-175 escudos.  
Idem mínimo. 3-600  
Idem medio. 4-241

## BOLSA DE MADRID.

Cotización del 1.º de Marzo de 1866, a las tres de la tarde.

FONDOS PÚBLICOS.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 53-80, 59-00, 58-90, 59-00 y 59-15 y 59-50, pequeños; a plazo, 53-90, 59-90 y 59-25 fin cor. vol., y 53-85, 90 y 40 fin próx. vol.

Idem del 3 por 100 diferido, publicado 55-90, 56-10 y 25, no publicado 56-40; a plazo, 57-00 a pri. 1-00 fin próx. vol.

Deuda amortizable de primera clase, no publicado, 51-50.

Idem de segunda, publicado, 49-00.

Idem del personal, no publicado, 20-25.

Obligaciones municipales, publicado, 69-60.

Billetes hipotecarios del Banco de España, de 2,00 rs., con 6 por de interés anual, publicado, 89-00.

Acciones de carreteras, emisión de 1.º de Abril de 1850, de 4,000 rs., no publicado, 84-50 d.

Idem de 2.ª, idem, 86-60.

Idem 1.º de Junio de 1851, de 2,000 rs., idem 85-00.

Idem 31 de Agosto de 1852, de 2,000 rs. publicado, 81-00.

Acciones del canal de Isabel II, de 1,000 rs. 8 por 100 anual, primera emisión, 101-00.

Acciones del canal de Isabel II, segunda emisión, publicado, 105-50.

Editor responsable: D. MANUEL DE TOMÁS.

Imprenta de la viuda de Fernandez y compañía, calle de la Manzana, núm. 15, cuarto 3.º.